REY VALIENTE É JUSTICIERO

Y

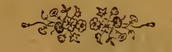
EL RICO-HOME DE ALCALÁ.

COMEDIA EN TRES ACTOS, DE D. AGUSTIN MORETO,

REFORMADA POR

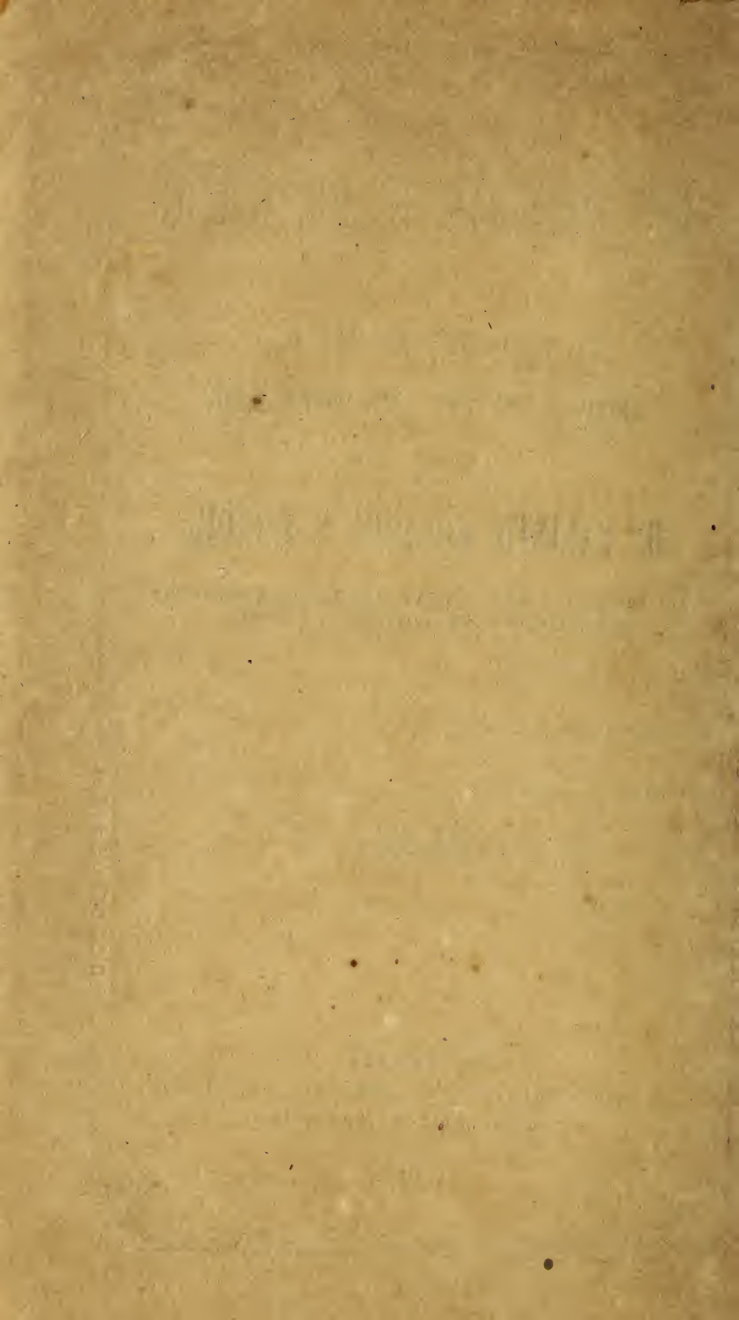
D. CALISTO BOLDUN Y CONDE,

PARA REPRESENTARSE EN EL TEATRO ESPAÑOL LA NOCHE DEL 30 DE MARZO DE 1872, ANIVERSARIO DE MORETO.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.



REY VALIENTE É JUSTICIERO

Y

EL RICO-HOME DE ALCALÁ.

COMEDIA EN TRES ACTOS, DE D. AGUSTIN MORETO,

REFORMADA POR

D. CALISTO BOLDUN Y CONDE.

PARA REPRESENTARSE EN EL TEATRO ESPAÑOL LA NOCHE DEL 30 DE MARZO DE 1872, ANIVERSARIO DE MORETO.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL REY DON PEDRO.............	D. RAFAEL CALVO.
DON TELLO......................	D. MANUEL OSORIO.
DON RODRIGO....................	D. RICARDO REIG.
DON GUTIERRE...................	D. ANTONIO PIZARROSO.
EL CONDE.........................	D. ALFREDO MAZA.
MENDOZA.........................	D. PEDRO GARCÍA.
PEREGIL............................	D. EMILIO MARIO.
DOÑA LEONOR....................	SRTA. ELISA BOLDUN.
DOÑA MARIA.....................	SRTA. EMILIA SANZ.
INÉS.................................	SRTA. JUANA ALVAREZ.
UN CAPITAN......................	D. CALISTO BOLDUN.
UN SECRETARIO.................	D. BENITO PARDIÑAS
UN CONTADOR....................	D. JOSÉ ALISEDO.

La accion del primer acto se supone en Alcalá de Henares; la del segundo en el Alcázar de Madrid, y la del tercero en su torre y parque.—1353.

ACTO PRIMERO.

Jardin: en el fondo una gran verja con puerta en el centro.—A la izquierda del actor la escalinata de un suntuoso palacio.—Bosque en lontananza.—Al levantarse el telon descienden por la escalinata DON TELLO y PEREGIL.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO Y PEREGIL.

PEREGIL. ¿Eso hay?
TELLO. ¿No lo has escuchado?
PEREGIL. ¿Robar á Doña María
cuando se casa este dia?
TELLO. Por eso he determinado
que hoy sea.
PEREGIL. ¡Jesus, señor! (Persignándose.)
TELLO. ¡Nécio! ¿Pues qué hay que te asombre?
Qué sirviera ser rico-hombre
si no lograse mi amor?
¿Yo he de ver que un *Hidalguillo*
á mi despecho se case
con quien de celos me abrase?
PEREGIL. ¿Qué llamas verlo? ¡Ni oillo!
No temas...
TELLO. ¿Quién pondrá ley
en hombre tal como yo,
que ya que Rey no nació,
tampoco es menos que el Rey?
Mi gusto he de ver cumplido,
aunque á otro el suyo le quite.

PEREGIL. ¡Eso! Que no es de un ardite
que tan noble hayas nacido.
Ya que Dios te quiso dar
oro, alegría y salud,
bizarría y juventud,
¿por qué no la has de gozar?
¡Higa! ¡á hidalgüelos pelones!
Siempre hubo pobres y ricos,
y arrieros habrá, y borricos,
y robados, y ladrones.
Prosigue, audaz, tu jornada,
en tu antojo cabalgando,
á otros su gusto robando,
que el tuyo es ántes que nada.

TELLO. ¡Oh! ¡Y nécio el que lo impidiera,
que por Dios le pesaría!

PEREGIL. Pues, oye, te desafía
Leonor... ¿ves su litera?
(Mirando adentro por la derecha del actor.)

TELLO. Cierto.

PEREGIL. Empieza á discurrir
mentiras, sutiles trazas,
para que estas calabazas
se acostumbre á digerir
sin zelos.

TELLO. ¡Oh! ¡Qué molesta,
y qué cansada mujer!

PEREGIL. Es porque te viene á ver
cuando ya subió la cuesta; (Maliciosamente.
calmarla podrás mejor
tratándola en amistad.

TELLO. Prefiero su terquedad
corregir con la mayor
afrenta que se imagina.
(Llega la litera á la puerta de la verja, y se apea LEONOR, INÉS la acompaña, y se retiran los mozos con la litera.)

PEREGIL. ¿Qué intentas?

TELLO. Que Alcalá toda
vea, que obligué en mi boda
a mi dama á ser madrina.

PEREGIL. ¡Já, já! ¡Ocurrencia gentil!
¡Bien!

TELLO. ¿A qué andarme en rebozo?
¡Sin escándalo no hay gozo!

PEREGIL. Ni salsa sin peregil. (Señalándose á sí propio.)

ESCENA II.

Dichos LEONOR Á INÉS.

LEONOR. Señor don Tello García...
(Con una reverencia, á la que DON TELLO corresponde desdeñoso.)
Aunque los cielos, fortuna
os han dado y noble cuna,
vuestro orgullo es tiranía;
que estais por ello obligado
á pagar obligaciones,
no á empañar vuestros blasones
oprimiendo al desdichado.
Por más que os llame su dueño
de Alcalá toda la tierra,
en lo grande no se encierra
esa soberbia del ceño;
porque, si haceros mayor
presumis, siendo inhumano,
cuanto os poneis para vano,
os quitais para menor.
El agrado es bizarría,
y los hombres superiores,
con nada se hacen mayores
sino con la cortesía.
La grandeza más honrada
que tienen los *Grandes*, buenos,
es, que pueden al que es menos,
dar mucho, con lo que es nada.
Si hoy me juzgo yo menor,
no es que ayer no os igualára
Doña Leonor de Guevara,
sino porque os dí mi honor.
(Movimiento de TELLO para interrumpir.)

¡Ay de mí! ¡Bien desconfio
para con vos ya igualarme, (Llorosa.)
que para en honor ganarme,
teneis ya el vuestro y el mio!...
Debeis, no obstante, advertir,
(Recobrando su energía.)
que os le dió el pecho amoroso,
con la palabra de esposo,
la cual me habeis de cumplir;
pues cuando para otra cosa
no os reclamo ya atencion,
me debeis la obligacion
de elevarme á vuestra esposa.
(Despues de breve pausa.)

TELLO. ¿Acabásteis ya de hablar?

LEONOR. Tócaos á vos responder.

TELLO. ¡Lacayo? Dí á esa mujer
(Sentándose y volviéndole la espalda.)
que no la quise escuchar.

PEREGIL. ¿Le oiste?
(Indicándole con la accion que se marche.)

LEONOR. ¡Que un caballero,
descienda á tal villanía!
Por muy soberbio os tenia,
mas nunca os juzgué grosero.

TELLO. ¡Basta! (Con marcado hastío.)

LEONOR. Si crueles violencias
vuestro orgullo os lleva á usar,
las podiais disfrazar
con urbanas apariencias;
que no preciarse un tirano
de cortés, si se repara,
es para afrentar la cara,
dejarse el guante en la mano.
No pagar la obligacion
es delito de gran cuenta,
pero aun lo es mayor la afrenta
de vuestra desatencion;
que hay agravios, que aunque de ellos
satisfaccion no se alcanza,

no irritan á la venganza,
por el recato de hacellos.

TELLO. ¿Y á qué habré de repetir
que el casarme no ha de ser?

LEONOR. Igual pudisteis hacer
sin llegármelo á decir.

TELLO. ¿No es mejor desengañaros,
para que cambieis de humor?

LEONOR. ¿Y podreis de mi rencor
desengañada libraros?

TELLO. ¿Quién por vos me ofenderá? (Mofándose.)

LEONOR. ¿No hallaré justicia yo?

TELLO. En la tierra, dúdolo;
en el cielo... *¡Piss...!* ¡Quizá!

LEONOR. ¿Solo en el cielo?... (Desconsolada.)

PEREGIL. Y me espanta (Aparte á INÉS.)
que lo confiese tan presto.

INÉS. ¡Judío es!

PEREGIL. Y está modesto,
porque entra hoy Semana Santa.

LEONOR. ¿Era este el ruego importuno
que usásteis para vencer?...

TELLO. ¿Pues acaso el pretender
y el conseguir es todo uno?

LEONOR. ¿En quien desea alcanzar,
qué diferencia ha de haber?

TELLO. ¡Mucha!

PEREGIL. La que hay de comer
hasta hartarse, ó ayunar. (A Inés.)

LEONOR. ¿No porfió vuestro amor?

TELLO. ¿Y vos, no os rendisteis luego?

LEONOR. Yo me rendí á vuestro ruego.

TELLO. Pues eso fué lo peor.

LEONOR. Si me venció el apurarme
vos, ¿qué así os pudo cansar?

TELLO. Tanto llegué á porfiar
que fué preciso cansarme.

LEONOR. ¿Pues pretender mi fineza
os cansó?...

TELLO; No porfiemos,
ni truequen hoy tus estremos

lo que es súplica en torpeza.

(Levantándose y acercándose á ella con aire de proteccion.)

Si yo he de seguir tu amigo,
rencor y enojo declina,
siendo conmigo madrina
en la boda de Rodrigo
con Doña María bella.
¿Quieres? (Cariñoso.)

(Despues de reflexionar, y resignada.)

LEONOR. ¿Qué os puedo negar?
(Aparte.) Esto me dará lugar
para yo advertirle á ella
su peligro. Si así os place...

TELLO. Pruebas mil, daré en verdad,
(Tomando su mano.)
si no de amor, de amistad,
á quien así satisface
la ocasion de mi contento.

LEONOR. Ya enojos doy al olvido.

(Se oye dentro música alegre que viene acercándose.)

PEREGIL. Parece que os han oido
los músicos, porque al viento
dulces ecos entregando
de la alegre chirimía,
vienen, con grata armonía,
á la boda acompañando...

LEONOR. No creí yo que tan presto (Aparte.)
llegasen. (Llegan dos literas.)

PEREGIL. Aquí están ya...
¿Y el robo cómo será? (Aparte á D. TELLO.)

TELLO. Todo lo tengo dispuesto,
gente á Rodrigo envié,
que viene en su compañía,
y á una leve señal mia
hará lo que yo mandé.

ESCENA III.

Dichos, Doña María, Don Rodrigo, acompañamiento de pages, criados, músicos y danzantes, que saldrán bailando, precediendo la boda; Don Tello y Leonor se adelantan á recibirla.)

Rodrigo. Ya don Tello generoso,
en la dicha de mi amor,
de recibir vuestro honor
llegó el plazo venturoso.
Mi aplauso os hace el empeño
del favor que espera ya,
pues mi rendimiento os dá
veneraciones de dueño.

Tello. Yo os estimo, don Rodrigo,
(Dándole la mano, que Don Rodrigo toma respetuosamente.)
tanto, que de apadrinaros
hoy el gusto he de mostráros,
(A Doña María tomandola su mano,)
Y vos, señora, conmigo
partid el gusto y contento...

Maria. Eso le toca á mi esposo;
(Con frialdad y retirando sus manos de las de Don Tello.)
mí afecto á vos decoroso
pára en su agradecimiento...
de ese, señor, sí hago alarde,
que es deuda en la atencion mia.
(Con una reverencia ceremoniosa.)

Leonor. Vuestra soy, doña María...
(Aparte.) Hablaros tengo más tarde...

María. ¿No me honrará con sus brazos
mi madrina?

Leonor. Sí, y quisiera (Abrazándola.)
que Dios por ambas hiciera
eternos hoy nuestros lazos...
(Todos se sientan; tocan los músicos y vuelven á bailar, hasta que Don Tello se levanta y al verle hacen lo mismo todos y cesa el baile.)

Tello. La capilla preparada

está ya; más no esperemos.
Mi doña María, entremos.
(Tomándola la mano.)

MARÍA. No hay que replicaros nada.

TELLC. Proceded conforme es uso,
mis servidores.

(Hace seña á los criados que vinieron acompañando á RODRIGO, los cuales se apoderan violentamente de él.—Este desnuda su espada, luchando con ellos, pero es vencido.—Se la quitan, y le atan á la verja.—Doña MARÍA al verlo se desmaya en brazos de DON TELLO, el cual se la lleva entrándose en el palacio. DOÑA LEONOR corre para entrar en el, pero PEREGIL (que ha quedado en la puerta) la cierra violentamente al entrarse por ella.—Los músicos, apaleados por los criados, escapan por el monte y son perseguidos.—Todo este juego escénico se hará con suma rapidez y precision.)

RODRIGO. ¡Villanos!

MARÍA. ¡Ay Dios! (Desmáyase.)

LEONOR. ¿Qué haceis inhumanos? (A los criados.)

RODRIGO. ¡Tal traicion!

LEONOR. El la dispuso. (Indignada señalando á D. TELLO)

RODRIGO. ¡Oh! A los filos de mi acero
morireis...

(A los criados que le quitan la espada y le atan. Don TELLO suelta una carcajada.)

TELLO. ¿Qué hay que os asombre?
Hidalgo vos, yo *Rico-hombre*,
¡mi gusto ha de ser primero
que no el vuestro, vive Dios!

RODRIGO. ¿Y hay justicia que tal mande?

TELLO, Sí; la que me hizo á mi grande
y tan pequeñuelo á vos.

RODRIGO. ¿Hay mayor alevosia?

LEONOR. ¿Mis derechos desconoces?

TELLO. ¡Já! ¡Já! Al eco de esas voces
gozaré á doña María.

(Entrase con ella: LEONOR se sienta, llorosa y abatida.)

ESCENA IV.

LEONOR, DON RODRIGO é INÉS.

RODRIGO. ¿Dónde se esconden los rayos (Forcejeando.)
de vuestra justicia, ¡cielos!
si el dolor de mi deshonra
no halla la venganza en ellos?
Tristes campos de Alcalá,
abrid vuestro oscuro centro
para dar sepulcro á un vivo,
que sin honor queda muerto!...
¡Piadosas aguas del Nares,
abandonad vuestro lecho,
y en vuestras frias corrientes
lleváos mi llanto de fuego!

ESCENA V.

(Dichos: el CONDE y MENDOZA que salen corriendo por lo más alto del monte, y le cruzan del otro lado.)

MENDOZA. Señor, tu vida defienda
esa quinta.

(Hablando y corriendo: LEONOR y RODRIGO no se aperciben de esta salida.)

CONDE. No, Mendoza,
sigamos á Zaragoza,
si hallar podemos la senda...

MENDOZA. Busquemos por este lado...

(Se marchan los dos.)

LEONOR. ¡Hay mayores desventuras!

RODRIGO. ¡Ah! ¡Si de estas ligaduras
me viese en fin desatado!
Ayudadme...

(LEONOR, enjugando sus lágrimas, recobra su energía, y ayudada de INÉS desata á DON RODRIGO.)

LEONOR. ¡Ah que mi brío
para vengar no sea bueno
un agravio que, aunque ageno,

resulta en desprecio mio!
Al Rey irán mis enojos...

RODRIGO. ¡Su justicia aquí no alcanza!

LEONOR. ¡Oh, es cierto! No hay más vanganza
que el llanto de nuestros ojos.

ESCENA VI.

Dichos, el CONDE y MENDOZA que azorados salen corriendo y bajan del monte hasta detrás de la verja, y finalmente huyen por la derecha del actor.

MENDOZA. Por acá, y al llano... Presto,
que el Rey de cerca nos sigue.

CONDE. ¡Ah! Si en sus manos me veo,
no está segura mi vida.
¿Los caballos?...

MENDOZA. Se rindieron.

CONDE. En la espesura del valle
conviene nos ocultemos.

MENDOZA. Sí, es lo mejor...

CONDE. ¡Ay hermano!

MENDOZA. ¡Corred!...

CONDE. ¡Ingrato don Pedro!

ESCENA VII.

LEONOR y DON RODRIGO.

LEONOR. ¿Qué será esto, don Rodrigo?

RODRIGO. Siguiendo á esos caballeros
(Mirando adentro.)
viene por aquella senda
otro á caballo, corriendo.
¡Desbocado!...

LEONOR. ¡Ah! Que en sí mismo
tropezó!...
(Mirando adentro y dando un grito de horror.)

REY. (Dentro.) ¡Rayos del cielo!¡

RODRIGO. Forzoso es ya socorrerle.
(Dirigiéndose hácia el monte, por donde saldrá el REY cubierto de polvo.)

ESCENA VIII.

Dichos y el REY.

REY. Ya sobra el socorro vuestro.
Murió el caballo, y yo aun vivo.
(Aparte.) Que le estorbe á mi deseo
el azar, justa venganza.
¡Ay de ti, Enrique soberbio,
si un dia!...

LEONOR. ¿Os hicisteis daño? } (Casi á un tiempo.)
RODRIGO. ¿Quereis?...

REY. Nada, os lo agradezco:
(Contestando á LEONOR y despues á RODRIGO.)
¿Qué sitio es este?

RODRIGO. Los campos
de Alcalá.

REY. ¿Estará muy lejos?

RODRIGO. Media legua.
(LEONOR se aparta y se sienta llorosa en un banco.)

REY. ¿Y esta quinta
de quién es?

RODRIGO. Es de don Tello,
el Rico-hombre de Alcalá,
que por su poder inmenso
no lo debeis ignorar.

REY. ¿Por su poder?

RODRIGO. Aquí es menos
el del Rey.

REY. ¿Menos que el suyo? (Con marcada estrañeza.)

RODRIGO. Segun le temen es cierto.

REY. Nunca á mi oído ha llegado.

RODRIGO. No sereis vos de este reino.

REY. Sí soy; mas los que asistimos
al Rey, fieles le queremos
y otro poder ignoramos.

RODRIGO. ¿Luego vos le asistís?

LEONOR. (Aparte.) ¡Cielos!
Ya dais luz á mi venganza.
(Acercándose con interés de oirle.)

REY. Por venirle ahora siguiendo
(que á Madrid pasa esta noche)
me apresuré tan violento,
que reventé ese caballo.
Pero volviendo á... ese Tello,
¿tan valeroso es en suma?...
Mas, segun le alabais, creo
que sois vos criado suyo....

RODRIGO. No soy, sino quien intento
vengarme de sus agravios,
y otro tribunal no tengo
sino el del Rey. ¡Ah! si vos,
generoso caballero,
me ayudais que oiga mis quejas,
os deberé mi remedio.

LEONOR. Y el mio tambien.

REY. ¿Quién sois?

LEONOR. Quien de ese tirano dueño
llora, señor. las injurias
que ¡ay! sin castigo recelo
han de quedarse.

REY. ¿Y por qué?

LEONOR. Solo podrá darle el cielo,
que el Rey no será bastante.

REY. (Aparte.) ¡Que viviendo el Rey Don Pedro,
esto se diga en Castilla!
(Mucho ignoro de mis reinos.)
¿Y por qué no podrá el Rey?

LEONOR. Porque es cruel y sangriento,
y no sabrá hacer justicia.

RODRIGO. Antes se holgará al saberlo,
por ver que haya quien le imite...

REY. Esa es voz del vulgo nécio, (Enojado.)
que con lo *cruel*, confunde
el nombre de *justiciero*,

RODRIGO. Yo...
(Despues de reflexionar un momento.)

REY. Porque le conozcais
os haré escuchar de él mesmo,
y sabreis si hace justicia.

LEONOR. La vida y el alma os debo

si eso haceis.

REY. ¿Pues cómo ha sido
vuestro agravio?

LEONOR. Eso reservo (Ruborosa baja la vista.)
para el oído del Rey,

REY. Yo le asisto en su aposento,
y tanto fia de mi
la corona y su gobierno,
que en decírmelo podeis
pensar que hablais con él mesmo.

LEONOR. Pues si ese favor me dais,
escuchad, señor, atento.
Doña Leonor de Guevara
yo soy, cuyos padres muertos,
quedé en Alcalá al abrigo
de un copioso heredamiento
que en esta ciudad fundaron
mis ricos, nobles abuelos.
Sola, señor, rica y moza,
supondreis los casamientos
que unidos me ofrecerian
la codicia y el deseo.
Mas siendo mirada un dia
de ese arrogante don Tello,
quedé ya sin pretendientes,
pues por temor ó respeto,
cuantos mi mano anhelaban
se olvidaron de este empeño.
De él solamente asistida,
escuché sus galanteos...
(Hablando con vergüenza y dificultad.)
palabra me dió de esposo...
fingióme amor, y... ¡Ah! No puedo
pasar de aquí con la voz...
de mi vergüenza y silencio
adivinad mi desdicha...
y lo que á decir no acierto.

REY. ¿Y ahora se niega á pagaros
lo que como caballero
ofreció entonces?

LEONOR. ¡Ah! ¡Sí!

En su amor se ha ido estínguiendo
la llama que inflamó al mio,
y hoy iracundo, grosero,
en presencia de criados (Señala á Inés.)
me desengañó, diciendo
que no habia de casarse
conmigo: esto al mismo tiempo
que viniendo don Rodrigo
(que es aqueste caballero)
con su novia á desposarse,
sin Dios, sin ley, sin respeto...

RODRIGO. Ese agravio á mí me toca:
robóme mi esposa, y luego
por sus serviles lacayos
atado me ví á esos hierros,
mientras que él entre sus brazos
llevóse, en pedazos hecho,
mi amor y mi honra, dos joyas
¡ay! de inestimable precio.

REY. (Que haya tal gente en Castilla (Aparte.)
y no me den cuenta de ello...
¿Y que me llamen cruel
por castigar sus escesos?)
¿No hay justicia en Alcalá? (A RODRIGO.)
¿Por un delito tan feo
no irá á prender á ese hombre?

RODRIGO. ¡Ah! Señor, lo impide el miedo,
que todos aquí le tienen.

LEONOR. No hay juez que se atreva hacerlo.

REY. ¡Dios potente! ¿Y á un cobarde?...

LEONOR. ¡Oh, eso no!

REY. Que sí lo es creo:
solo un cobarde es capaz
de ultrajar al indefenso...
En fin, yo he de ver á ese hombre,
y ayudar vuestro deseo.

(Dá un paso hácia la puerta, esto á tiempo de sali DON GUTIERRE.)

ESCENA IX.

(Dichos, Don Gutierre y criados.)

GUTIERRE. Ya le hallamos, ¡gran Señor!

REY. (Aparte á Gutierre.)
Callad, Gutierre, que intento
no ser aquí conocido.
¿Va el Rey ya delante? (Alto.)

GUTIERRE. El viento
desmintiendo en un caballo.
A alcanzarle apresurémonos,
si os place.

REY. No, don Gutierre,
yo un instante me detengo
á descansar en la quinta.
Id con este caballero,
(A Leonor y Don Rodrigo.)
si quereis: que él os informe
de cómo oir vuestros ruegos
podrá el Rey, si á Madrid vais.

RODRIGO. Con el alma agradecemos
tal favor.

LEONOR. Yo en vos confio...

REY. Bien podeis.

LEONOR. La mano os beso.

(Le hace una cortesía, y dando la mano á Don Rodrigo se retiran todos por detrás de la verja.)

ESCENA X.

El Rey.

¿Qué rico-hombrecillo es este,
que aquí infunde tal respeto?
¿Valdrá todo lo que dicen,
apárte de lo soberbio?...
Dúdolo. ¡Pardiez! por verle
me vá matando el deseo.

(Se dirige á llamar en la puerta de la quinta, pero se detiene oyendo la voz de Doña María, y se retira ocultándose detrás de un árbol. Abrese la puerta, y sale por ella Doña María corriendo, con el tocado descompuesto. Don Tello y Peregil salen detrás de ella.)

ESCENA XI.

Dichos, Doña María, Don Tello y Peregil.

MARÍA. (Dentro.) ¡Soltadme: soy de mi esposo!
TELLO. (Idem.) Quiero yo esa preeminencia...
MARÍA. (Saliendo.) Yo con desden rigoroso
resistiré la violencia
de un tirano poderoso.
TELLO. ¿Qué es lo que dices, mujer?
MARÍA. ¡Lo que me manda mi honor!...
TELLO. ¿Resistencia me has de hacer?
MARÍA. Y morir sabré, señor,
si os obstinais en vencer.
TELLO. ¿A hacerte yo esposa mia
te resistes? ¿Pues qué habrá
desde el que suyo te hacia
hasta don Tello García,
el *Rico-hombre de Alcalá*?
(Pronunciando el título con orgullosa afectacion.)
¿Dueña de cuanto poseo,
no te viene á hacer mi amor?
¡Si el ser rica es tu deseo,
diez leguas en derredor
por nada ageno paseo!
Y en esas cumbres y llanos,
manantiales diferentes,
jigante espiga de granos,
dorada traen ya á mis manos
la plata de sus corrientes;
del sol contra los rigores,
y en rico escabel de flores,
montes, prados y laderas,
nevados, no consideras,
de mis rebaños menores?
Tantos son, que si violentos
bajan á abravar sedientos
juntos desde la alta sierra,
su pesadumbre, la tierra
conmueve hasta en sus cimientos.

Mis colmenas, en su afan,
tal fecundan, que me dan
para hacer (á mi alvedrío)
con su dulce miel, un rio
de cera... ¡arder un volcan!
Si de cazar soy gustoso,
en más de un bosque frondoso
su muerte esperan de mí,
el cerdoso javalí,
la onza, el venado y el oso.
Y de mi caza menor
vá mi alazan corredor
pisando túpida alfombra,
mientras nube de aves, sombra
estienden en mi redor.
¡Y á ser fácil ayuntar
en un yugo singular
mis yeguadas y sus potros,
al empuje de unas y otros
podria el mundo arrastrar!
¡Villas, lugares, castillos,
tengo tantos, que al mandallos
me embarazo con ellos;
y el número, al referillos,
no alcanza todos nombrallos!
Y estas grandezas, no dadas
por merced de ningun rey,
sino con sangre ganadas,
de Cristo en el nombre y ley,
con los moros á lanzadas.
La renta de esta riqueza
(conque ya nada codicio,
en mi pródiga largüeza)
basta para mi grandeza,
y sobra á mi desperdicio.
Y tras tanta maravilla
y poder, mi sangre pasa
á mas triunfos, que en Castilla
vió *ricos-hombres* mi casa
antes que reyes su silla.
¿Tu ignorancia esto desprecia?

¡Pardiez! No con causa poca
la razon (que es quien lo aprecia)
te llama al dejarlo, necia,
y al no procurarlo, loca.

MARÍA. Todo ese poder, señor,
que junto habeis referido,
es en mi aprecio, menor
que el halago del marido
á quien tengo casto amor.

TELLO. Tanto tu desden me humilla
que ya es fuerza, en desagravio,
al *rico-hombre* de Castilla
aplicar su ardiente lábio
al clavel de tu mejilla...
Ven á mí... (Abrazándola.)

MARÍA. ¡Mal caballero! (Pugnando por desasirse.)

REY. Forzoso es ya defendella... (Al paño.)

MARÍA. ¡Apartaos, ó este acero!...
(Quitándole á DON TELLO la daga.)

TELLO. Todo mi amor lo atropella... (Acercándose.)

MARÍA. ¡Mi muerte vereis primero!
(Amenaza con herirse.)

ESCENA XII.

Dichos y el REY.

REY. ¿Señor? A vuestros umbrales
(Desde la puerta de la verja.)
un forastero se acerca,
á pediros le albergueis
un instante...

TELLO. En hora buena, (Invitándole á que entre.)
que á nadie que viene á verme
tengo cerradas mis puertas;
y hoy menos, que en este gusto
(Señalando á DOÑA MARÍA.)
quiero que todos me vean;
Sillas á mí y á mi esposa.

(PEREGIL acerca dos de las del jardin: TELLO y DOÑA MARÍA se sientan.)

Hablad, que así recibiera
al mismo Rey en persona.

REY. (Aparte.) ¡Soberbio es! Mas la prudencia
me valga...

TELLO. ¡Mozo es garrido! (A DOÑA MARÍA.)

MARÍA. (Aparte.) Mi enojo aquí se contenga,
que en tanto aqueste mancebo
esté aquí, no hay que yo tema.

REY. Beso la mano á usiria...
(Sin quitarse el sombrero.)

TELLO. Cúbrase, hidalgo... (Con burla.)

REY. Eso es fuerza, (Con altanería.)
que no hablo yo descubierto
á quien sentado me llega
á recibir.

TELLO. ¿Si ese poyo?... (Indicándole un banco de piedra.)

REY. ¿Eso mas? (Conteniéndose apenas.)

PEREGIL. Y eso agradezca,
que mi amo no dá asiento
(Acercándosele con familiaridad. El REY le mira iracundo, se asusta PEREGIL y se aparta.)
sino á príncipes, y... *et cétera*...

TELLO. Dos sillas tengo: la una
la ocupa mi esposa bella,
la otra yo; mas no os admire,
que *ricos-hombres*, apenas
dan silla al Rey en su casa...

REY. (Despues de reflexionar un momento se sienta en el banco.
Ya veo vuestra grandeza,
y á mi humildad me acomodo.

TELLO. (Despues de breve pausa.)
Aunque su airosa presencia
quién es nos dice, ¿en qué altura
de hidalgo se halla?

REY. Aguilera (Con ingenuidad.)
de la Montaña.

TELLO. Escuderos (Con menosprecio.)
son de mi casa. ¿Y qué intenta
en su pró? Acomodamiento.
¿Busca de banda ó gineta?...

REY. Al Rey sigo por un pleito.
TELLO. Habiendo espadas, ¿quién deja
gastar su vida en procesos?
REY. La ley es bien se obedezca,
y el Rey que en Madrid ya está...
TELLO. Con su *barragana* bella
¡vendrá á darnos buen ejemplo!...
REY. (Con enojo levantándose.)
Ya es su esposa, y nuestra reina;
y al que no hablare ¡por Cristo!
con decoro y con decencia,
mi espada sabrá... enseñárselo,
(Requiriendo la guarnicion de la suya.)
TELLO. (Aparte.) Brio el hidalguillo muestra.
(Pausa.)
¿Mucho quiere al rey?...
REY. Sí quiero. (Con entereza amenazante.)
TELLO. Siéntese el buen Aguilera. (Con sorna.)
¿Que está ya en Madrid el Rey?
REY. Si useñoría le espera,
ya puede pasar á verle.
TELLO. Cuando el Rey valerse quiera
(Con fatuidad.)
de mí, para alguna cosa,
vendrá á verme, y hacer venta
en mi casa, donde yo,
á los reyes que aquí llegan
como á parientes regalo
y hospedo... Aun se me acuerda
que á Don Alfonso, su padre,
pudo mostrar su grandeza
esta mi quinta, una noche
que el tumulto de Brihuega
salió á sofocar valiente...
¡Ah! ¡Qué Rey Alfonso era!
Su hijo sus glorias infama...
Su avaricia, su torpeza...
la crueldad con que á su hermano...
REY. Téngase usìa, y advierta (Se levanta furioso.)
que habla aquí del Rey Don Pedro,
¡que es su Rey! y aunque no fuera

su Rey, es tan mal sufrido,
que le cortara la lengua
á saber cómo habla de él...
(Fuera de sí y acercándose á Don Tello.)

PEREGIL. ¡Criados!... ¡Pages!...
(Llamando á la puerta del palacio.)

TELLO. ¿Qué intentas?

PEREGIL. Matarle...

REY. Mi Rey defiendo.
¡Contradígalo quien quiera!
(Desenvaina y se encara con Don Tello.)

PEREGIL. ¡Escuderos!
(Asustados salen del palacio algunos pages.)

TELLO. No los llames, (Levantándose.)
¡Loco y necio! ¿En mi presencia
hablas tú? Si dar castigo
á su osadía quisiera,
¿no bastara yo?

REY. ¡No sé!... (Con arrogancia.)

TELLO. ¡Bah! Que la intencion es buena,
(Calmándole.)
y el buen celo de su Rey
le disculpa: no le ofendan,
(A los criados, estos se marchan, y Tello se sienta.)
y marchad...

REY. Soy buen vasallo,
¡vive Dios!... (Desafiándole.)

TELLO. ¡Sin jurar!...
(Mandándole: el Rey contiene un movimiento de rabia y despues de reflexionar un instante envaina la espada y se vuelve á su asiento.)

REY. ¡Sea!

TELLO. ¿Tanto quiere al Rey?
(Dando un paso hácia el Rey.)

REY. ¡Es ley!...

TELLO. Siéntese el buen Aguilera. (Burlándose.)

REY. Perdonadme, que esto ha sido
locura de la nobleza
de vasallo...

TELLO. Yo lo soy
tambien del Rey, y se precia

de leal mas que ninguna
mi sangre: díganlo empresas
de mis ilustres abuelos;
y por esta razon mesma,
no hay que me parezca extraña
aquí la osadía vuestra.

REY. No me aliviais de un cuidado,
que no hé tenido yo en cuenta
el que á vos os extrañase:
á mí, sí, me dió extrañeza
oiros lo que habeis dicho;
pues los reyes en la tierra
son viva imágen de Dios,
Les debemos reverencia,
si al par que al malo castigan
al bueno y honrado premian;
pero dejando esto aparte: (Sentándose.)
la gloriosa fama vuestra
(pasando por esta quinta)
me dió deseo de verla:
y en lo que aquí sois amado
ha quedado satisfecha
la opinion que yo traia.

TELLO. Todo Alcalá me venera
con amor.

REY. Y alguno ha dicho
que ménos al Rey respetan
que á vos...

TELLO. Por acá conocen
por sello ó firman á su alteza,
y es con mi consentimiento
que alguna vez le obedezcan.

REY. ¿Y no temeis que á su oido
algun día llegar pueda
el abuso que aquí haceis?..

TELLO. ¿Temer yo?... ¡Por Dios que es buena!
A ser posible temer
yo del Rey, quizá temiera,
no la espada de su cinto,
sino el lustre de su alteza.

REY. Pues de Don Pedro se dice

que es valiente...

TELLO. ¡*Pchs*! Eso se cuenta
por haber muerto á un *cantor*
(Con marcado desprecio.)
y á un *clérigo*...

REY. (Levantándose bruscamente colérico, balbuciente, y conteniéndose apenas.)
Aunque así sea,
todos son hombres...

TELLO. No todos
son Ricos-hombres.

(Breve pausa, en la cual el REY colérico requiere su espada pronto á lanzarse sobre DON TELLO, pero medita un poco y se contiene.)

REY. (Aparte.) Suspensa
dejo mi venganza ahora,
para que mas grande sea.

TELLO. Agur ya...

REY. Que os guarde Dios,
(Saludando á TELLO y á DOÑA MARÍA, que le corresponde.)
(Aparte.) para que vengarme pueda:
Señora... bésoos los pies...

MARÍA. Adios. (Aparte.) El alma quisiera
esplicarse por mis ojos.

TELLO. ¿Hidalgo? Si hacer desea
noche en Alcalá, en mi quinta
se quedará, mas advierta,
que es con una condicion.

REY. ¿Cuál?

TELLO. Que á nadie doy mi mesa;
mas no ha de faltarle en otra,
lo fio, abundante cena.

REY. Lo estimo á vueseñoria,
que yo aceptára sin ella
el favor, á no pasar
á Madrid algo de priesa. (Despidiéndose.)

TELLO. Adios, pues.
(Contestando con frialdad y apartándose.)

MARÍA Decidle al Rey...
(Rápidamente al pasar junto á él.)

REY. Yo, señora, á vuestra pena

(Sigue algunos pasos á DOÑA MARÍA, DON TRLLO se intorpene entre los dos: toma de la mano á DOÑA MARÍA, la que vuelve su cabeza hasta que desaparece por la puerta del palacio.)

pondré fin... todo lo sé...

MARÍA. ¿Y podréis vos?...

REY. Tal vez pueda.

TELLO. ¿Galante sois? No acompañe...
¡Quédese el buen Aguilera!

ESCENA ÚLTIMA.

El REY y á poco DON GUTIERRE.

¡Yo mismo me causo asombro!
¡Que haya tenido paciencia,
de no ahogarle entre mis manos!
Mas mi magestad me deba

(Apercibiéndose de que DON GUTIERRE y los dos que le acompañan se presentan detrás de la verja con un caballo del diestro.)

este noble sufrimiento;
cartel será su cabeza
que pregone por Castilla
el respeto y la obediencia
que á la ley debemos todos.

GUTIERRE. ¿Señor? Place á vnestra alteza...

(Llamándole la atencion desde la verja, y mostrándole el caballo.

que marchemos.

REY. Sí... á mi alcázar,
Gutierre, y picando espuela,
que no quiero que el coraje
me ciegue, y acá me vuelva.

(Mirando hácia el palacio.)

¿Decir que á mi padre infamo?
¡Oh! sabré hacer de manera,
que los que *cruel* me apellidan,
por *justiciero* me tengan.

(Se marcha rapidamente y lesiguen los demás.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.—Aparecen el REY y DON GUTIERRE: este de pié junto á la mesa, donde aquel está escribiendo; le entrega un memorial, que el REY se pondrá á leer.

GUTIERRE. Esto Toledo ha pedido.
REY. ¿Mi hermano Enrique se ampara
de Toledo? (Despues de haber leido.)
GUTIERRE. A Trastamara
pasando, le ha detenido
la ciudad, creyendo en vano
(fiada de glorias tantas)
que poniéndose á tus plantas
vuelva á tu gracia tu hermano.
REY. Pésame, pero no puedo
concederle mi perdon,
por mas que su intercesion
estime en mucho á Toledo.
GUTIERRE. Carta es de Enrique tu hermano...
(Mostrándole una.)
REY. Guardadla para despues.
¡Poderoso afecto es (Levantándose.)
la ira, en un pecho humano!
De tres hermanos estoy (A GUTIERRE.)
enojado y ofendido,
y solo mi encono olvido
cuando miro lo que soy.
GUTIERRE. Tus reinos, alborotados
hoy por su causa se ven...

REY. Yo haré que quietos estén,
cuando queden arrancados
(porque mas tumultos no haya)
de Geromena Fadrique,
y de Astorga don Enrique,
y don Tellez de Vizcaya.
¿A Alçalá se despachó?

GUTIERRE. Ya avisé á Tello García.

REY. ¿Que este hombre en mi reino habia
y no lo supiese yo?
(Con reconvencion á DON GUTIERRE.)

GUTIERRE. Como hais vivido en Sevilla
(de quien Alcalá está lejos),
vé solo el sol en reflejos
esta parte de Castilla.

REY. ¿Dicen que es hombre valiente?...

GUTIERRE. Tal oí.

REY. Yo cuando veo
que él lo publica, lo creo
muy dificultosamente.

GUTIERRE. Diez hombres juntos, escucho
que huyen de solo su espada...

REY. Si son *pícaros*, es nada,
y si son *hombres*, es mucho;
porque si tienen alientos,
reñir con dos es blason,
y cuando pícaros son,
lo mismo es diez que doscientos.
Mirad quién espera audiencia. (Sentándose.)

ESCENA II.

Dichos y el CAPITAN: á poco el CONTADOR.

GUTIERRE. Ya algunos entrando van.
(DON GUTIERRE levanta la cortina y se ven en la antecámara á los guardias y pretendientes: de entre ellos se adelanta el CAPITAN.)

CAPITAN. Yo, señor, soy capitan,
con veinte años de esperiencia;
y en la guerra contra el moro,

la hambre y sed me han enseñado
que hallar no puede el soldado
la piedra de hacer el oro.
A trueque de estas divisas
(Mostrando la banda, etc., etc.)
de que cubierto me hallas,
he reñido mas batallas
que me he mudado camisas.
Mas si de arcabuz y flecha
tiros recabé certeros,
de doblas, ni de dineros,
jamas recogi cosecha;
que al pregonar el clarin,
Rota, en el opuesto bando,
el gozo de irle *picando*
me hizo olvidar el *botin.*

REY. Comprendo que os acuiteis
de pobre, si tan de amigo
tratásteis nuestro enemigo.

CAPITAN. Perdonad; no lo entendeis.

REY. ¿Cómo? (Con cariñosa reconvencion.)

CAPITAN. Escuchad mis razones:
A mi me bastó matarle...
de la hazaña de robarle
se encargaron los ladrones.
Y no atino á qué ambiciona
atesorar un soldado...
que ya el rey le dá sobrado
á mantener su persona.

REY. ¿Vos pensais que holgado vive?...

CAPITAN. Cuando hay paz, ¡como un prior!

REY. ¿Y en guerra?...

CAPITAN. De igual humor
dá la muerte ó la recibe;
y en su ambicion baladí
solo un recelo le acosa...

REY. ¿Cual?... (Con marcado interés.)

CAPITAN. Que no tendrá en su fosa
una cruz que diga: «Aquí
yace Anton... Pedro ó Andrés...»
Que esto, y la tierra movida,

bien á su madre afligida
revelaría despues
que allí, de su corazon
un trozo sangriento estaba.

(Emocion en el REY; el CAPITAN que le observa cambia de tono.)

Mas perdonad, me olvidaba
que mi charla, la atencion
os roba, y que...

REY. No me pesa
el saber á que hais venido.

CAPITAN. *¡Pchs!* Condicion de marido
me empeñó á tan alta empresa.

REY. ¿Sois casado?

CAPITAN. ¡Y no de ayer! (Suspirando.)
Y Dios—misterio que acato—
por cada infiel que le mato,
me dá un hijo en mi mujer.

REY. ¿Tantos?...

CAPITAN. Casi los de Adan...

(Accion benévola del REY para interrumpirle.)

No me arguyais poner tasa
en el gasto de mi casa,
que no es fácil: solo en pan
necesito una molienda;
y el año que poco llueve
es caro el trigo y...

REY. Sed breve,
que hay otros á quien yo atienda.

(Viendo entrar al CONTADOR, que en el dintel de la puerta se detiene á hablar con DON GUTIERRE.)

(Animado el CAPITAN por la complacencia del REY, se restriega las manos con satisfaccion y habla con mas rapidez y familiaridad.)

CAPITAN. Desde que entré de novicio
en esta órden bulliciosa,
pocos dias dejé ociosa
la santa cruz del oficio.

(Tocando la empuñadura de su espada.)

Que con ella á maravilla
santigüé moros asaz,
lo saben cuantos la paz

revolvieron de Castilla.
Pero, ¡ah!... el tiempo ¿qué no trueca?
Esta hoja, punzon del pomo,
por su punta, filo y lomo,
trocádoseme ya en rueca.
Y no es su temple acerado
que á ella le falte, ¡pardiez!
no, señor, no: es mi vejez
la que su filo ha embotado.
¡Pése á la flaqueza mia!
(Mostrando el puño de su mano derecha.)
Ya me sucede frecuente,
tirar de *lleno* un *fendiente*
que no *marca* una *sangria*.
¡Voto al sol! *Tajo tiré*
á moro, que hube creido
fácil para en dos *partido*,
y *entero* quedó... ¡y de pié...!

REY. ¡Mal lance!

CAPITAN. ¡Ah! Con la *firmeza*
repetí, y juzgad mi asombro...
aun le dejé sobre el hombro,
sin *rajar*, media cabeza.

REY. ¡Rajar es!

CAPITAN. No es rajar bien;
que ejemplo al soldado importa
de cómo, á *un golpe*, se corta
cabeza mora á *cercen*.
¡Mil corté yo! (Con ingenuidad.)

REY. Tanto alarde (Reconviniéndole.)
de esforzado, en vuestra boca,
buen capitan, me provoca
á recelaros cobarde...

CAPITAN. Pues, á no ser vos, tal mengua...
(Resentido.)
juro, por Dios trino y uno,
que no receló ninguno
que yo dejase con lengua.

REY. Basta ya.

CAPITAN. Si hoy relacion
os hago de mi jornada...

REY. Por hacella os dí soldada...

(Con tono y gesto acre y desabrido.)

¿Que os debo, pues?

(Con sequedad que produce turbacion en el CAPITAN, de manera que hasta pasados algunos instantes no recobra su serenidad para replicar al REY con llanto y amargura.)

CAPITAN. Compasion...
¡Cariño al viejo soldado
que trocó en vida azarosa
la que le brindó dichosa
su aldea, su hogar y arado!

REY. (Despues de una breve pausa en que ha estado contemplándole.)
¿Al discurrir de esa suerte,
es que esteis arrepentido
de haber vuestro Rey servido?

CAPITAN. (Con exaltacion y llevándose la mano al pecho.)
¡Ah, eso no!

REY. ¿Miedo á la muerte,
comun achaque de ancianos?...

CAPITAN. ¡Señor, cómo he de temella
si medio siglo, yo y ella,
vivido hemos como hermanos?
¡Oh! si achaques de la edad
los curase el corazon,
diéraos el mio ocasion

(Llevando la mano sobre el suyo.)

de acrisolar su lealtad.
Pero ¡ay! la vejez cansada,
á los brios corta el plazo,
y el corazon sin el brazo,
¿de qué le sirve á la espada?
Bien lo veis: leño viviente,
mas sábia no puedo dar...
dejadme, pues, que en mi hogar
me consuma lentamente.
Esto, y modo de vivir,
gran señor, humilde os pido,

(Hincando una rodilla.)

que el que hasta agora hé tenido

el modo fué de morir.

(Quédase anhelante aguardando la respuesta del REY. Este le contesta con frialdad y afectada indiferencia: despues le hace seña para que se retire como dando por terminada la audiencia, y le vuelve la espalda.)

REY. Con cuidado quedo.

(El CAPITAN queda absorto, petrificado: despues manifiesta en su semblante primero el dolor, luego la ira, hasta que por fin se levanta instintivamente y retrocede un paso; en seguida dá otro brusco, para acercarse al REY. Este, que lo ha estado observando atentamente, le lanza una terrible mirada para contenerle, pero el CAPITAN no lo toma en cuenta, y con energía, erguida la frente, y como desafiándole, le arroja á la cara la frase de *Cruel sois*. El REY, al oirla, se levanta amenazador, sin apartarse de su asiento; el CAPITAN, al ver la actitud del REY, ratafica su afirmacion pronunciando con audacia el monosilabo ¡¡¡*Sí*!!!)

CAPITAN. ¡Crüel
sois!... ¡¡¡*Sí*!!! Quedais con cuidado...
(Con mofa y horrible sarcasmo.)
¡Voto á!... Pues yo he peleado
porque viviéseis sin él.
Por contener en su dique
(Con íntima conviccion, y animándose gradualmente.)
la mal avenida gente,
que no os ama, ni consiente
otro rey que Don Enrique.
Y á evitar fuéseis vendido,
yo, sin desnudarme el hierro
cien dias... ¡mas!... como un perro
sobre peñas he dormido.
Y en el cerco de Antequera,
consumida mi vitualla,
á Almoajid libré batalla
debajo de su trinchera.
Y aunque él hirióme en la lid,
yo el cerco desbaraté,
y mi sangre restañé
con las tocas de Almoajid.
Esto hice yo por mi ley...

y por vos, porque en su afan,
nunca olvidó el capitan
que Don Pedro era su rey.
Y hoy que viejo... y achacoso
pido el natural sustento,
¿es justicia, irme yo hambriento,
y quedar vos *cuidadoso*?
(Recargando esta palabra y cruzándose de brazos.)

REY. ¿No mas?...
(Sentándose con muestras de hastío y repitiendo la señal para que se vaya: DON GUTIERRE se acerca al CAPITAN y de buen modo le obliga á retirarse; este obedece en fin, no sin mormotear en muestra de enojo: DON GUTIERRE invita al CONTADOR á que se aproxime al REY, que le mide con la vista: el CONTADOR le hace humildísima reverencia. Sus hipócritas maneras y acento melifluo contrastan visiblemente con la marcial rudeza del CAPITAN.)

GUTIERRE. Llegaos...

CONT. Soy, señor,
(Con afectada humildad y voz melíflua.)
de vuestra alteza premiado...
(El REY le mira como interrogándole.)
hijo de maese Alvarado,
que fué vuestro contador;
y porque él os sirvió bien,
vuestra equidad y atencion
me dió la administracion
de alcabalas de Jaen.
Ya para cinco años van
que á este oficio asisto atento...

CAPITAN. No estareis vos tan hambriento
(Sonriéndose.)
como yo. ¡Y soy Capitan!...
(Adelántase á contestar, pero le contiene la accion que don GUTIERRE hace para contenerle.)

CONT. La de Múrcia vacó ayer,
y por mis servicios pido
me mejoreis de partido.

REY. ¿Y es servicio enriquecer?

CONT. ¿Pues no os sirvió mi cuidado?

REY. Contador, pedis de vicio,
pues me alegais por servicio

lo que por premio os he dado.
¡Si justa merced fué aquella
y la estais gozando ya,
servirla bien, servirá
de confiirmaros en ella!...

CONT. Señor... (Accion del CONTADOR para suplicar.)

REY. Por la bondad mía
de vuestro oficio gozad,
que el fausto y comodidad
que pedís, es demasía.
A ese Capitan le dén (A GUTIERRE.)
aquella administracion.
¡Lo oís? (Al CAPITAN.)

CAPITAN. ¡Es mucha razon! (Adelantándose gozoso.)

CONT. Miradlo, señor, mas bien,
(Con mucho respeto.)
que no tendrá suficiencia
quien esto no ha ejercitado...

CAPITAN. Para estar acomodado
(Con desenfado al CONTADOR.)
cualquiera tiene experiencia.

REY. De ayuda de costa, os den (Al CAPITAN.)
doscientos escudos luego.

CAPITAN. ¡Logres tu reino en sosiego,
la edad de Matusalen!
¡Y pues hoy tal dicha gano,
déjame besar tu planta, (Arrodillándose.)
Rey valeroso!

REY. Levanta...

CAPITAN. Señor... (Con una reverencia.)

REY. Y estrecha mi mano...
(Se la ofrece y el CAPITAN la estrecha con efusion: el REY se la aprieta.)

CAPITAN. ¡Ah! ¡No apreteis! ¿Sois de acero?...
(Primero un grito de alegría, despues muestras de dolor.)
Soltad ¡voto á Dios! ú osado...
(Doliéndose y amenazando con la mano izquierda.)

REY. ¡Así quiero yo el soldado!...
(Sacudiéndole la mano con entusiasmo.)

CAPITAN. ¡Y así yo los reyes quiero!
(Haciéndo lo mismo que el REY: despues se marcha con el CONTADOR.)

ESCENA III.

El Rey, Don Gutierre y Don Rodrigo.

Rodrigo. A vuestras plantas, señor...
(Alza la vista y reconoce al Rey.)
¿Mas qué miro?
Rey. No os turbeis: (Sentándose.)
alzad: decid qué quereis.
Rodrigo. Reverencia es el temor;
pero ya habiéndoos mirado,
(pues de mi queja noticia
teneis) con pedir justicia
quedais, señor, informado.
Rey. Que digais la queja es ley.
Rodrigo. Que ya la sabeis infiero...
Rey. La oí como pasajero,
mas la ignoro como Rey.
Rodrigo. Pues, señor, Tello García,
el Rico-hombre de Alcalá,
aquel á quién nombre dá
de *Poder* su tiranía,
á mi esposa me robó...
del modo que ya supisteis,
Rey. Si vos se lo consentisteis, (Con indiferencia.)
tambien lo consiento yo.
Rodrigo. Me ató de manos y pies,
y atajó mi accion honrada...
Rey. Y atajó tambien la espada, (Con severidad.)
que hallar pudisteis despues.
Rodrigo. Yo de su poder no puedo,
señor, mi agravio vengar.
Rey. ¿Luego se viene á quejar,
no la injuria, sino el miedo?
Rodrigo. Esto. señor, no es temer
sino al poder de su nombre.
Rey. Y cuando está solo ese hombre (Con enojo.)
¿riñe con él su poder?
Rodrigo. ¿Pues, cuando justicia os pido, (Gozoso.)
que riña con él mandais?

REY. Yo no quiero que riñais, (Severo.)
síno que hubiérais reñido.

RODRIGO. No quise, aunque fuera airosa
la accion, darla esa malicia.

REY. No vá contra la justicia
el que defiende á su esposa.
Y habiéndolo ya intentado,
de no haberlo conseguido,
quedábais mas ofendido,
mas veniais mas honrado;
que yo, atento á la razon,
podré mandarle volver
á ese hombre vuestra mujer,
pero no á vos la opinion.

RODRIGO. ¡Ah, cobraréla mi pecho!
(Con marcada resolucion.)

REY. ¡Ya os costará mi castigo,
(Levantándode amenazante.)
si lo haceis!

RODRIGO. ¿Dijisteis?

REY. Digo... (Senténdose.)
que no estuviera mal hecho.
(Accion de RODRIGO para interrumpir.)
Andad, que la sin razon
de ese hombre castigaré
como es justo.

RODRIGO. ¿Y no podré
cobrar yo antes mi opinion?

REY. ¡*Sí*... y *Nó*!

RODRIGO. ¿Pues, cual haré yo, (Perplejo.)
entre un *sí*, y un *nó* que oí?...

REY. ¡Don Pedro... os dice que *sí*!...
y el Rey, os dice... que *no*.

RODRIGO. Basta, señor, que harto infiero
cómo interpretais la ley...
y si me amenaza el Rey,
me aconseja el caballero.
(Saluda y se marcha.)

ESCENA IV.

El Rey, Don Gutierre, Inés y Doña Leonor con mantos y de luto.

Leonor. Si mi desdicha fatal,
Inés, al Rey no le mueve,
á la traicion de un aleve
no hallaré otro tribunal.

Gutierre. Mirad que el Rey os espera.

Leonor. Ya yo llego... ¡Mas... ay Dios!
¿Este es el Rey?

Rey. ¿Quién sois vos?

(Le dá la mano para que se levante del suelo.)

Leonor. Habiéndoos visto, quisiera
me escusáseis el tormento
de repetiros mi boca,
maldad, que me vuelve loca,
y flaquezas que lamento.

Rey. Basta: pues tengo noticia
de donde su error comienza,
no os ha de costar vergüenza
el que yo os haga justicia.

Leonor. A hablar al Rey me dispuse
apenas que os ví en la quinta,
y estando para Madrid
disponiendo mi familia
el coche, con sus criados,
llegó Don Tello García,
y maltratando los mios,
hasta mi persona misma
padeció el desprecio infame
de sus manos atrevidas... (Llorosa.)
Desjarretaron las mulas
y el coche hicieron astillas,
diciendo: «Si hay Rey que pueda
castigar mis demasías,
entre las otras, de aquesta
venganza tambien le pidan.»
Sin decoro, señor, vengo, (Sollozando.)
que no dejó mi desdicha

en mi dignidad y fama
parte que no esté ofendida...
(Recobrando su energía.)
Defendedme, gran señor,
de quien no solo me quita
el honor, sino que airado.
la queja me tiraniza.

REY. ¡Tan justo enojo provoca (A GUTIERRE.)
en mi pecho esta noticia,
que me he menester *Yo* todo
para refrenar mis iras!...
(Escribe en un pliego, le firma y sella y se le dá á GUTIERRE.)
A la córte fué llamado
y espero á Tello García...
esperadle vos tambien,
y pues venís á pedírmela,
hoy, antes que de Palacio
salgais, os haré justicia.
(Se marcha por la izquierda y la sigue DON GUTIERRE.)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR é INÉS.

INÉS. ¡Qué severidad, señora!
¿Si hace nuestra fantasía
la majestad en los reyes?...
Porque, cuando allá en la quinta
le vimos, me pareció
un hombre que yo podia
hablar con él y aun mirarle,
y acá es una estátua viva.
¡Ay, si pensé al escucharle.
que hablaba de la otra vida!

LEONOR. Tanto el oficio de Rey
á la persona autoriza,
que se vé como *Deidad*
al que como Rey se mira.

TELLO. (Dentro.) ¿Que no pasaré?

LEONOR. ¿Es don Tello (Asustada.)
el que viene?...

INÉS. Y su familia,
con más, Peregil de gala...
¡Bribon!

LEONOR. Aquí te retira
y encúbrete, no nos vean.
(Cubriéndose con el velo ó manto.)

INÉS. Al contarle al Rey tus cuitas
añade que ese lacayo
es ocasion de las mias.

(Se retiran las dos á un lado de la puerta del centro, de modo que DON TELLO no las vea, y cuando este haya entrado se marchan á la antecámara.)

ESCENA VI.

DON GUTIERRE y DON TELLO ricamente vestido.

GUTIERRE. A vos solo entrar permito...
(Impidiendo que entren los criados que estarán en la antecámara.)

TELLO. Un rico-hombre de Castilla,
para entrar á hablar al Rey
con sus deudos se autoriza,
y entrarán todos conmigo...
(Hace seña á su acompañamiento para que paes á la cámara, DON GUTIERRE se interpone entre ellos.)

GUTIERRE. ¡Oh, no!...

TELLO. ¡Preeminencia es mia!...
¡Y, caso que no lo fuera,
basta ser de mi familia,
que aquí vienen escuderos
de nobleza tan antigua
que al Rey no le deben nada!...

PEREGIL. (Dentro.) Entrar hé hasta la cocina.
¡Entrad todos!
(Se repite el juego anterior, y los guardias cierran la puerta de la antecámara.)

GUTIERRE. ¡No entre nadie!
Cerrad esa puertá aprisa.

TELLO. Mirad que... (Amenazando.)

GUTIERRE. El Rey vá á salir;
espere vueseñoría.
(Se marcha por la puerta izquierda.)

ESCENA VII.

DON TELLO.

¿Qué es que espere? ¿Yo esperar?
¿Pues el Rey de mi venida
no estaba ya prevenido?
¡Cuando que venga me avisa
con tal desprecio me trata!
¿Yo esperar? ¡Está corrida
mi grandeza, vive el cielo,
que el Rey así me reciba!

ESCENA VIII.

Dicho, DON GUTIERRE y acompañamiento que preceden al REY: este sale leyendo una carta y mientras su lectura se pasea por el salon sin querer reparar en DON TELLO: este le sigue, y cuando aquel se pára dobla una rodilla ante él, repitiéndose este juego las veces que convenga.

REY. ¡A ser sincera esta carta
mucho mi hermano me obliga!

TELLO. Gran señor... (Aparte.) ¿Pero qué veo?
¿Cómo á mis ojos se explica
ese misterio?... ¡Fué el Rey
quien yo recibí en mi quinta!...

REY. (Leyendo.) «Cuando la ley de buen vasallo
»no me obligára al rendimiento que debo
»á vuestra alteza...»

TELLO. A vuestros piés, gran señor,
está don Tello García.
(El REY le mira, y despues prosigue leyendo sin hacer caso.)

REY. (Leyendo.) «La razon de ser vuestro her-
»mano no me dejaria faltar á esta obliga-
»cion.»

TELLO. (Aparte.) ¿Qué puede ser esto? ¡El Rey

no me oye ó no me mira!
Si vuestra alteza, señor,
en mí no ha puesto la vista...

REY. (Leyendo.) «Creed, señor, que siempre será »para mí de más precio vuestro desenojo »que la vida que os debe,—*El conde de* »*Trastamara.*»

TELLO. Señor, llamado por vos... (Se arrodilla.)

REY. ¿Quién es?

(Mirándole con indiferencia, le vuelve la espalda.)

TELLO. ¡Don Tello García! (Con orgullo y levantándose.)

REY. ¿Don Gutierre? Despejad,
y corred esa cortina.

(Sentándose: despues de pequeña pausa, en la cual mide con la vista de alto ábajo á DON TELLO. Este comienza á turbarse y se dispone á irse)

ESCENA IX.

El REY y DON TELLO.

TELLO. (Aparte.) Pues que humillais mis trofeos,
cuando me haya menester
á Alcalá me vendrá á ver.
Permitid que...

(Se dirige á la puerta, el REY le llama y DON TELLO se detiene desconcertado.)

REY. ¡Deteneos...
lo mando! (Levantándose.)

TELLO. No hay que resista...
mi pecho... á tanto... favor...

(Se acerca con marcada turbacion.)

REY. Quien no me tiene temor, (Sentándose.)
¿cómo se turba á mi vista?

TELLO. Yo no me turbo, y pensad
que harto motivo he tenido
(Reponiéndose y con altanería.)
al verme así recibido...

(Haciendo una reverencia dá un paso atrás para marcharse.)

REY. (Bruscamente y levantándose.)
¡Yo haré que os turbeis, llegad!...

TELLO. (Se arrodilla y el REY deja caer un guante; DON TELLO lo recoge.)

A vuestras plantas, señor...
el guante se os ha caido...
(Presentándoselo, el REY se desentiende y no lo toma.)

REY. ¿Deciais?... (Friamente.)

TELLO. Que yo he venido...

REY. ¿Dúdolo yo? (Con sorna.)

TELLO. ¿Si es favor,
cuando á besaros la mano
vengo, que el guante perdais?...

REY. ¡Torpe sois! ¿No me lo dais?

TELLO. Tomad... (Ofreciéndoselo con mano temblorosa.)

REY. ¡Para ser tan vano
estais temblando!... ¿Y de quién?...

TELLO. ¿Si el guante?...
(En su turbacion cambia de mano y ofrécele el sombrero en vez del guante: el REY, sin poder reprimir su ira, coge con furia el sombrero que le ofrece y despues de mostrársele junto al rostro, le arroja al suelo violentamente.)

REY. ¡Este es el sombrero,
y yo de vos no le quiero
sin la cabeza tambien!

TELLO. ¡Señor! (Con altanería y levantándose amenazante)

REY. ¿Vos sois en la villa
quien al mismo Rey no dá
dentro de su casa silla?
¿*El Rico-hombre de Alcalá*
es más que el Rey en Castilla?
¿Vos sois aquel que imagina
que cualquiera ley es vana
y solo la de Dios *dina*?
(Movimiento en DON TELLO para interrumpirle.)
¡No, quien no guarda la humana,
no obedece la divina.
¿Vos quien (como llegué á vello)
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma ó sello
se obedece sin que vos
deis licencia para ello?

¡Vos quien vive tan en sí
que su gusto es ley, y al vellas
no hay honor seguro allí
en casadas ni en doncellas?
¿Esto, lo aprendeis de mí?

(Don Tello le mira altanero como si confirmára.)

Pues entended que el valor
sobra en el brazo del Rey,
pues sin ira ni rigor
corta para dar temor
con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
piensa que hará oposicion
á sus filos, mal sería
que al herir de la razon
no resista la osadía...

(Expresion de orgullo en Don Tello.)

Para el Rey nadie es valiente,
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente,
que el golpe de la justicia
no se vé hasta que se siente!...
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley,
que vuestro error despreció,
porque despues de ser Rey,
soy el *Rey* Don Pedro *Yo!*

(Acercándosele y colerico.)

¡Y si á mi alteza pudiera
quitar el alto *conceto*
que en un trono reservára,
mi *persona* en vos hiciera
lo mismo que mi respeto!

(Accion de duda en Don Tello, que aumenta la furia del Rey.)

Pero ya que despojar
no me puede el *ser* de Rey,
por llegároslo á mostrar
y que os he de castigar
con el brazo de la ley.
¡*Yo* os dejaré tan mi amigo,

que no darme cuchilladas
querais, y si lo consigo,

(Con el estremo arrebatado de la ira: Don Tello aterrado vá retrocediendo paso atrás, hasta quedar cerca del sillon que habrá junto á la mesa.)

á cuenta de aquel castigo
tomad estas cabezadas!!

(Se abalanza al cuello de Don Tello y le dá de cabezadas en el respaldo del sillon, y se marcha tranquilamente por la izquierda.)

ESCENA X.

Don Tello.

(Corren algunos segundos sin que pueda darse cuenta de lo que le ha pasado, hasta que prorumpe en balbucientes palabras que apenas si le permite articular la cólera.)

¡A mí! ¿A don Tello García,
un ultrage tan infame?
¿Que para esto el Rey me llame?
¡Quedásteis buena, honra mia!
Si pudiese mi lealtad (En el colmo de su ira.)
vengarse de este furor
sin que fuera deshonor
agraviar la majestad,
del *Rico-hombre* la firmeza
Don Pedro habia de ver,
aunque juntase al poder
el valor y la grandeza!
Pero el escudo te ampara (Con desaliento.)
de tu cetro, ¡oh rey tirano!...
Sin él, hoy mi propia mano,
y en el campo, y cara á cara,
¡vive Dios! te curaría

(Animándose, y en la exageracion del orgullo y la soberbia.)

del torpe error en que estás
de que *tú* puedas ser más
de lo que *es* Tello García.

ESCENA XI.

DICHO, DON GUTIERRE, DOÑA LEONOR, DOÑA MARÍA é INÉS.

GUTIERRE. (En el dintel de la antecámara.)
Venid, que aquí está don Tello:
entrad, señoras, conmigo...

TELLO. (Aparte.) ¡Cielos! ¿Si desde esa estancia
mi humillacion habrán visto?
(Recoge del suelo el sombrero y compone su vestido, cabellos, etc., que están desordenados.)
¡El rubor quema mi rostro!...

GUTIERRE. Don Tello, como ministro
á quien esta diligencia
encarga el Rey, he venido
á que aquí reconozcais
estas dos damas, y exijo
que así me lo declareis.

TELLO. Ya las he reconocido;
á una, porque fué mi dama,
(Con menosprecio.)
y á otra, por que solicito
sea mi esposa... (Con galantería.)

LEONOR. Tened.
La dama, si hablais conmigo,
lo fué por vuestra traicion;
por que yo, del honor mio
dueño os hice, con palabra
de esposo.

TELLO. ¿Quién os ha dicho (Con insolencia.)
que yo lo niego? Es verdad.

LEONOR. Pues si vuestra dama he sido,
á lo que fué maldad vuestra
no llameis intento mio.

MARÍA. Y si hacerme vuestra esposa
queréis, nunca os dió motivo
mi voluntad ni mi afecto;
vos sí, tirano y altivo,
me robásteis de mi esposo,
que os eligió por padrino.

TELLO. Todo es así. ¿Mas qué importa
que yo, de un pobre *hidalguillo*
quite ó robe la mujer,
cuando atento se la quito
ántes que su esposa sea?

GUTIERRE. De lo que habeis respondido
haré informacion al Rey.
(Marchándose hacia la izquierda.)

TELLO. ¡Y añadid, que yo lo he dicho:
y si esto tiene por culpa,
medite bien su castigo, (Con énfasis.)
y recuerde le defiendo
sus reinos!...

ESCENA XII.

Dichos y DON RODRIGO.

RODRIGO. Arrepentido (En la antecámara.)
de cobarde... ¿Mas qué veo?
Quien halla lo que ha perdido,

(Viendo á su esposa, baja desde la antecámara al proscenio con la espada desenvainada y acomete á DON TELLO: DON GUTIERRE se interpone entre los dos.)

en cualquier parte lo cobra...
¡Devuélveme el honor mio,
tirano cruel!...

GUTIERRE. ¡En palacio!

ESCENA XIII.

Dichos y el REY.

REY. ¿Qué es esto?

TELLO. ¡Haberse atrevido (Picado.)
un *hidalgo* á mi persona,
quizá porque haya sabido
que no me dá vuestra alteza
el honor de que soy digno!

REY. ¿Vos?... (Á RODRIGO.)

RODRIGO. Le hallé junto á mi esposa,
y recobrarla he querido.

REY. ¿Guardias?... Prended á esos dos.
(A los que han entrado desde la antecámara.)

RODRIGO. Pues, señor, ¿no me habeis dicho
que puedo cobrar mi honor
sin que cometa delito?

REY. No aquí, ni en esta ocasion,
donde perdeis, atrevido,
á mi decoro el respeto
y el temor á mi castigo.
Llevadlos: y advertid vos (A RODRIGO.)
que es Don Pedro el que lo dijo,
y quien os prende es el Rey.
(DON GUTIERRE recoge la espada á DON RODRIGO: DON TELLO se niega á entregarle la suya, y se la ofrece el REY: este la toma y se la entrega á GUTIERRE.)

TELLO. Yo solo las armas rindo
á vuestra alteza...

MARÍA. Señor,
yo por mi esposo os suplico...

REY. Ya ninguno podrá serlo
de los dos...

MAR. y ROD. ¡Ah!

REY. Creed mi aviso,
y retiraos á un convento,
ó buscad otro marido.

MARÍA. ¡Ah! ¡Clemencia!

REY. ¡Despejad!

GUTIERRE. Venid entrambos conmigo.
(A DOÑA MARÍA y DON RODRIGO, que se van con los guardias.)

REY. Esperad vos...; tambien vos.
(A GUTIERRE y á DON TELLO.)

ESCENA XIV.

Dichos menos DOÑA MARÍA y DON RODRIGO.

REY. Gutierre, ¿qué ha respondido
don Tello á doña Leonor?

GUTIERRE. Que es verdad que le ha debido

su honor y le dió palabra
de ser su esposo,

REY. Cumplidlo
dándole luego la mano.

TELLO. ¡Vos, señor, de mi albedrío
(Con entereza y altanería.)
no sois dueño!...

REY. Así es verdad.
(Reprimiendo el impulso de su cólera.)

TELLO. Mas. si yo contra mismo,
no he de obrar dando la mano
á dama que he aborrecido,
de mi hacienda. que sois dueño,
en mi *dudoso* delito,
la podeis satisfacer
sin violentar gustos mios.

REY. ¿Cómo? (Tranquilamente.)

TELLO. En hombre como yo
sobrado será el castigo
de quitarme de mi hacienda,
(lo que os parezca medido)
para el pago de su honor.

REY. Aceptar ese partido
(Como interrogando con la mirada á DOÑA LEONOR.)
toca á la parte, no á mi.

LEONOR. Pues yo, señor, no le admito;
(Con soberbia dignidad.)
que si el oro (siendo tanto
el que la tierra atesora)
y las perlas, que la aurora,
cuaja con liquido llanto,
se juntase ahora, á cuanto
Don Tello me puede dar,
no bastaran á esmaltar
la mancha que hacerme intenta;
porque es un *yerro* la afrenta
que no se puede *dorar*.
Mientras palabra me dió
de esposo, honrada me infiere;
mas, si cumplirla no quiere,
lustre y honra pierdo yo.

Para lo que él prometió
hacer, me sobra nobleza..,
¡Mire ahora vuestra Alteza,
como *él* me lo há de cumplir,
porque yo no he de salir
sin su mano, ó su cabeza!

TELLO. Los *Ricos-hombres* no pueden
(Con orgulloso desprecio y mofa.)
morir por esos delitos.

REY. ¿Quién estableció esa ley?

TELLO. ¡Privilegios concedidos
de reyes, abuelos vuestros,
á los que *Grandes* nacimos!

REY. ¿Fueron mas reyes que yo?

TELLO. No, creo... (Con ingenuidad.)

REY. Pues si lo mismo
soy yo que ellos, de la ley
es árbitro quien la hizo.
y yo la sabré guardar
cuando importe á mis designios.
y derogarla tambien
para hacer justo castigo (Pausa.)
Si vos prometisteis ser
esposo suyo, cumplidlo;
no os sea que os pierda el alma
con la vida, ese delito.

TELLO. ¿Mi alma? En poco me arguye...
(Con menosprecio.)

REY. ¡No me toca á mi inquirirlo,
sino á vuestro confesor:
consultadle ese peligro,
porque, que os caseis ó no,
mañana, por plazo fijo,
os cortarán la cabeza!..,

(Con fria seguridad: Hace una señal de órden á GUTIERRE y este se marcha por la puerta de la antecámara.)

LEONOR. ¡Ah! (Horrorizada é intercediendo.)

TELLO. (Con tranquilidad.)
¡Eso prefiero al ludibrio!

REY. Doña Leonor, mi palabra

de justiciero he cumplido,
no os podeis quejar del Rey,

LEONOR. ¡Pavor siente el pecho mio,
viéndoos, señor, fulminar
rayos desde vuestro Olimpo!

REY. Destellos visteìs tan solo,
del fuego en que me ilumino!

(Levantando su mano hácia el cielo. Despues toma de la mano á LEONOR y se marcha con ella por la puerta de la antecámara: DON TELLO los mira con serenidad y desprecio.)

ESCENA ULTIMA.

DON TELLO.

Si amedrantarme creísteis,
Don Pedro, vedme tranquilo,
que para trances como este
truje á *Don Tello* conmigo.
Afrontar sabré la envidia,
que por mi *poder* te inspiro:
pues, si como Rey te acato,
hombre te desprecio altivo.

(Cruzándose de brazos, é irguiendo la cabeza con orgullosa soberbia en cuya actitud permanecerá hasta que GUTIERRE salga por la antecámar con dos guardias: este se le acerca, y señalándole la puerta derecha le invita á que le siga por ella.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La bóveda ó rotonda de una cárcel con reja practicable en el centro y puerta en la derecha.—Otras de calabozos en ambos lados.—Una lámpara colgada del techo alumbra débilmente.—Al levantarse el telon, aparece Doña María sentada en un escaño; un criado la acompaña.—Dos guardias vigilan la reja por la parte exterior.—Despues de una pausa de algunos instantes, se abre la puerta del calabozo de la izquierda del actor, y salen por ella Doña Leonor é Inés, precedidas de un carcelero, el cual despues de cerrar se marchará por la reja del centro.

ESCENA PRIMERA.

Leonor, Doña María é Inés.

María. ¡Ah, Leonor!...
(Levantándose y corriendo á abrazarla.)

Leonor. ¡Doña María!

María. ¿Se confirmó tu esperanza?

Leonor. ¡Sí; mas del Rey la venganza
destruye la dicha mia!
Ya está Don Tello rendido,
y á casarse resignado...

María. ¿Fácil le habrás perdonado?

Leonor. Mi encono ha desparecido:
Templa el tuyo, pues ya ves
que si airado te robó,
en tu honor no te injurió,
aunque pudo descortés.

María. Yo...

Leonor. No quieras de esta suerte

(cuando le acuse la ley)
hacer que apresure el Rey
el término de su muerte.

MARÍA. Leonor, no de mi venida
presumas tal intencion,
que aquí vino mi afliccion,
tan solo á salvar la vida
de don Rodrigo mi esposo.
¡Ahí preso y aherrojado
(Señalando á la derecha.)
le tiene el Rey, acusado
por crímen de irrespetuoso!

LEONOR. El Rey supe que vendrá,
á interrogar á los presos
y á confirmar sus procesos...

María = ¡Oh, mis súplicas oirá,
y lloraré tanto, tanto,
que el perdon he de alcanzar!

LEONOR. ¡Ah, sí: las dos ayudar
nos podemos con el llanto!
Mas callad, que á notar llego,
leve rumor á esa puerta...
¡El Rey es!... poned alerta
piedad, lágrimas y ruego.
(Se retiran á un lado.)

ESCENA II.

Dichas, el REY, DON GUTIERRE, el SECRETARIO por la puerta derecha.

REY. Pues que lo encomiendo á vos,
(En el dintel al Secretario.)
ejecutad mi sentencia. (Dándosela.)

SECRET. Haré, con vuestra licencia,
notificado á los dos
presos, del Rey en el nombre...

REY. Si es fórmula, hacedlo así:
á Tello escuchad, y aquí
me direis qué dijo ese hombre.
(Entra el SECRETARIO en el calabozo de la izquierda.)

ESCENA III.

Dichos menos el SECRETARIO.

LEONOR. Lleguemos, Doña María,
que esta es la ocasion mejor.
A vuestras plantas,..

MARÍA. ¿Señor?...

REY. ¿Qué quereis? (Las alza del suelo.)

LEONOR. La pena mia
no puede, señor, venir
sino á pediros á vos,
que si os mira como á Dios,
fuerza es que os venga á pedir.

REY. Justicia me habeis pedido,
y ya la he mandado hacer.

LEONOR. Pues lo mismo viene á ser,
señor, lo que ahora os pido.
Segun la razon me indicia,
vos sois la imágen de Dios,
é igual ha de ser en vos
la piedad que la justicia.
Y si arrepentido un hombre,
gran señor, llegais á ver,
tenerle piedá, es hacer
justicia con otro nombre.

MARÍA. Yo, señor, del mismo daño
temerosa, á vuestros piés,
por ser del mismo interés,
su peticion acompaño.

LEONOR. De ser mi esposo Don Tello
me cumple ya la palabra:
si el negar le condenó,
el cumplírmela le salva.
Revoque, pues, la piedad
lo que la justicia manda,
porque en su muerte, señor,
yo soy la más castigada.
Él pierde la vida, y yo
pierdo, si él muere, mi fama...
¡Ya quien me ofendió me obliga,

y aun arrepentido llama
á vuestra augusta clemencia...
por mí, señor, otorgádsela!...
¿Para qué se hizo el perdon
si al rendido no le alcanza?
Del árbol que al suelo inclina
vástago que el fruto daña,
y se retuerce vicioso,
muy más digno es de alabanza
el *cultor* que lo endereza,
que aquel que corta la rama.

REY. Ya llegais tarde, señora,
pues de Don Tello la causa,
tiene *acordada* sentencia
y por mi mano firmada,
justicia y piedad suponen,
en mútuo concierto entrambas.

MARÍA. ¡Ah, señor, mi peticion,
no siendo la culpa tanta,
de Don Rodrigo mi esposo,
halle en tu rigor templanza!...

REY. Inútilmente las dos
pedís en cosa juzgada.

MARÍA. Señor, aunque haya sentencia,
dueño sois de revocarla...

LEONOR. Con la vida de Don Tello,
piensa que mi honor restauras...

REY. La peticion que propuesta
no me ofendió, replicada,
merecerá de mi enojo
el castigo.—Despejadlas,
Gutierre,

GUTIERRE. Salid, señoras...
(Con súplica cortés las conduce hasta la reja.)

LEONOR. ¡Murieron mis esperanzas!

ESCENA IV.

El REY y DON GUTIERRE.

REY. No solo por mi justicia (Aparte.)
ha de quedar castigada
(para ejemplo á mis vasallos)

de ese noble la arrogancia,
sino, que antes de matarle,
ha de conocer, que basta
para humillar su soberbia,
el querer *Yo* castigársela.
¿Don Gutierre? En la espesura
del parque, y sitio que llama
el vulgo *Soto del Ciervo*,
con secreta vigilancia
me esperad, y prevenidme
dos caballos, una espada
y dinero en cantidad.

GUTIERRE. ¿Espada vos? ¿Pues os falta
la vuestra acaso, señor?

REY. Puesta al cinto me acompaña;
pero dos llevar pretendo.

GUTIERRE. ¡Ah! (Creyendo comprender la intencion del REY.)

REY. ¿En la escuela de las armas
(Con indiferencia para desorientarle.)
no habeis tomado licion,
de reñir con dos espadas?

GUTIERRE. Si, señor, mas como sé
que vuestro valor no se arma
para inminentes peligros,
nunca de aquesa ventaja,
tal prevencion me ha admirado,
y presumo que...

REY. ¡Ya basta! (Con severidad.)
Y si presumís, Gutierre,
que importa para otra causa,
cuando yo no os la declaro
sois nécio en averiguarla.

GUTIERRE. Yo...

REY. Nadie tiene el criado
por consejero en su casa,
y aquel sirve al Rey mejor,
que ciego obedece y calla.

GUTIERRE. Yerro fué de mi fineza...

REY. Pues sed discreto en lograrla,
y en ver que (pues no os le fio)
mi secreto es de importancia.

Al valiente capitan
que audiencia dí esta mañana,
y que la administracion
prometile de alcabalas
de Murcia, buscad al punto.
Decidle que sin tardanza
venga á palacio esta noche,
y que soy yo quien le aguarda.
(Se marchan los dos por la reja.)

ESCENA V.

El SECRETARIO, que saldrá por la puerta del calabozo izquierda precediendo á DON TELLO y á PEREGIL.)

SECRET. Plegue á Dios le halleis propicio,
(En el dintel.)
PEREGIL. Díle que te has de casar... (A TELLO.)
SECRET. Salid, que quiero hermanar
la cortesía y mi oficio.
¿Señor?... Don Tello García...
(Sale ahora inclinándose para una cortesía.)
TELLO. ¿A quién hablais? ..
SECRET. Se ha marchado... (A TELLO con sentimiento.)
PEREGIL. Como ya las siete han dado,
se habrá ido á la letanía.
SECRET. Pésame perdais así (A TELLO.)
de suplicar la ocasion.
TELLO. No vine á pedir perdon,
que solo á acusar salí.
SECRET. ¿Quejas?... (Admirado y con sentimiento.)
TELLO. Que mi lábio abona.
(Con arrogancia y seguridad.)
¡Decirle al Rey necesito,
que ha mirado en mí el delito,
no el valer de mi persona!...
¿De qué culpa en puridad
me acusa que él no practique?
¡Decidle que me lo indique
la torpeza y liviandad,
del que, en mengua de Castilla,

atropellando el derecho
de Doña Blanca, su lecho
divide con la Padilla!

SECRET. Señor, si ultrajais su nombre (Despidiéndose.)
oiros no puedo en ley...

TELLO. Advertid que no es del Rey
de quien os hablo, es del hombre,
y hais de oirme, aunque no os cuadre.

(Interponiéndose entre la puerta y el SECRETARIO para impedirle marcharse.)

Decid: ¿No es pública fama
que mató, á la que fué dama
de Don Alfonso su padre?
¿Y hasta su madre matado
no hubiera, hijo desleal,
si Alburquerque á Portugal
no se la hubiese llevado?
¿De su avaricia un reflejo,
no ajustó con *Lago* el moro,
cómo robarle un tesoro,
al usurpador *Bermejo?*
Y al arzobispo no extraña
de Toledo, ¡pobre anciano!
porque plañía el hermano
que le asesinó su saña?
¡*Guay* de tí, nuevo Neron,
si leoneses honrados,
celebran nuevos tratados
con Navarra y Aragon;
y mis huestes de Castilla
llegan en armas aquí,
á preguntar por qué así,
á Don Tello se mancilla!
¡Que se junten, plegue al cielo,
á parciales de Fadrique:
y aliados con Don Enrique,
derribarán por el suelo,
ese trono de maldades
del que tú blasonas tanto,
que ha de ser por tuyo, espanto
de las futuras edades!

SECRET. Ved que... injurias tan insanas...
(Marchándose.)

TELLO. ¿Reclaman vil delator?...
Sedlo pues. (Mandándoselo.)

SECRET. No; vuestro ardor,
en la nieve de mis canas
se extingne; en cosas del Rey,
pone nuestra diligencia,
solamente la obediencia.

TELLO. ¡La cobardía!

SECRET. ¡La ley!

TELLO. ¿La ley? Si libre me hallára
con la mia, ser pudiera
que entre vosotros, no hubiera
quien á prenderme llegára.

SECRET. Pues ya cumplí mi *preceto*
que me retiré escusad,
y si os place, aprovechad
la letra de este decreto.
(Mostrándole el proceso.)

TELLO. A Leonor haced venir.
Ya que influjo es de mi estrella,
desposándome con ella
la honraré ántes de morir.
(Se vá el SECRETARIO.)

ESCENA VI.

DON TELLO y PEREGIL.

PEREGIL. ¡Buena la hicimos, señor!
¡Morir! ¿Nos querrían dar
un plazo, para llamar
de algun modo, al confesor
que tuvo mi visabuela
en tiempo del Rey Ordoño,
y há un siglo murió en Logroño,
de un acceso de viruela?
¡Sácame de este cuidado!...

TELLO. ¡Nécio! ¿Qué puedes temer?

PEREGIL. ¡No es cosa! ¡Que voy á ser,

como tú, señor, *Jüe!!* ahorcado!...
(Apretándose el cuello.)

TELLO. Deja ya esa estravagancia,
que mi humor no lo consiente.

PEREGIL. Temo, ¡ay! si soy *confitente*
tuyo... por concomitancia.

TELLO. ¿Y en qué lo fundas?

PEREGIL. ¿No ves,
que si á tí por el honor
te castigan, de Leonor,
yo el suyo le debo á Inés?

TELLO. ¡Calla, ó vete!
(Recostándose en el escaño triste y meditabundo.)

PEREGIL. Eso quisiera;
¡pero, ah! imposible. Un *sayon*
vigila nuestra prision
cual gato una ratonera...
(Breve pausa: PEREGIL viendo que DON TELLO no le hace caso se aparta de él.)
Pues, que dejas por dormir
los consejos de un amigo,
quédome solo conmigo,
y comienzo á discurrir.
«Pídeme de mí mismo el *tiempo cuenta;*
(Recitando con énfasis y gravedad cómica.)
»si á darla voy, la *cuenta* pide *tiempo*,
»que quien gastó sin *cuenta* tanto *tiempo,*
»¿cómo dará sin *tiempo* tanta *cuenta*?»
Esto, ó cosa equivalente
dijo (ó lo dirá despues
que yo) cierto portugués
que moria impenitente.
Si con casarme, pagada
mi cuenta viniese á estar,
tal yo hiciese, por librar
esta nuez de una *cascada.*
(Tocándose la del cuello.)
¡Pero, ah! ya es vana ilusion;
Mañana el pueblo en tropel
verá en puntas de un cordel,
Peregil, hecho un borlon,

mecerse á impulsos del viento,
y en corcobos infinitos!
Mientras devotos contritos
pidan mi arrepentimiento,
alguno dirá en voz baja...
«¿Por qué se hace esta justicia,
sabe ucé?»—«Por cierta alhaja
(Cambio de voces.)
que llegó á desparecer»...
—«¿Costosa seria y bella?...»
—«La mejor de una doncella...
que lo ha dejado de ser.»
—«¡Hola! ¡Merece morir
el reo, si él la robó!...»
—«*¡Pesth!* (dirá otro) se la halló
perdida.»—«¡Ya!!»—«Es de inferir
que el pobrete, arrepentido
no hubiera tenido empeño
en ¡guardarla, si á su dueño,
volverla hubiese podido.»
Y una vieja esto resuelve,
diciendo—«Yo otra perdí,
que valia un potosi,
y ¡ay! nadie me la devuelve.»
Y en tanto esta algarabia
zarandea mi virtud,
veré pasar mi ataud,
á hombros de la cofradía
de austeros disciplinantes,
al ¡*rim*! ¡*rim*! de los doctrinos,
y al ¡*rum*! ¡*rum*! de capuchinos!
De padres agonizantes,
vendráme alguno á exhortar,
diciendo:—«Nada es la muerte,
hijo: ¡Bendice la suerte,
que así te lleva á cenar
con Jesus, Dios de perdon..,
Yo te la envidio!»—«*Troquemos,
padre mio.*»—«¡Ah! ¡No podemos,
hijo, yo hago colacion!»
Y en tanto llego al lugar

del suplicio, por la villa,
al son de una campanilla
cien legos han de gritar
con tonillo del que salma...
«*Para hacer bien por el alma*
del que van á ajusticiar.»
¿Mas qué miro? ¿El carcelero
con?... ¡Clavado! ¡Es el verdugo!
¿Señor?

(Preséntase en la reja el carcelero con una linterna precediendo á un embozado, el cual antes de bajar al proscenio, ejecutará todo lo que indica el diálogo.)

TELLO. ¿Qué?

PEREGIL. A Don Pedro plugo
que cenemos cordelillo.

(Levantándose rápido, y mirando hácia la reja.)

TELLO. ¿Don Pedro?... ¡Nécio, no es él!

PEREGIL. Pues mal me huele...

TELLO. Un papel
le enseña...

PEREGIL. ¡Le dá un bolsillo!..,

ESCENA VII.

Dichos, y el CAPITAN embozado.

CAPITAN. ¿Sois Don Tello?

(Se marcha el carcelero y el embozado baja al proscenio.)

TELLO. El mismo soy.
¿Quién lo pregunta?

CAPITAN. Quien viene
á daros vida, y previene
vuestra libertad.

PEREGIL. (Aparte.) ¿Estoy (Con alegría.)
soñando?

TELLO. Quién sois decid,
porque sepa con quién hablo.

PEREGIL. ¡Líbrenos, aunque sea el diablo!

(Aparte á TELLO.)

CAPITAN. Un *hombre* soy de Madrid.

PEREGIL. Sí, de la calle Mayor, (A TELLO.)
le conozco, vive en Gradas,
acomodando criadas...

CAPITAN. Un deudo soy de Leonor,
que á serlo vuestro os convida,
aconsejándoos cristiano
que á mi prima deis la mano,
lo cual os valdrá la vida
aquí, y el alma en el cielo.

PEREGIL. Yo lo de la vida acoto,
que lo del alma es ignoto.

(Entra en el calabozo y á poco saldrá de él trayendo la capa y sombrero de DON TELLO.)

TELLO. Saber vuestro nombre anhelo
más que verme libre.

CAPITAN. Un *hombre*
que os viene á dar libertad.
¿Qué más importa? Aceptad
y salgamos...

TELLO. (Aparte.) Por mi nombre
que estoy perplejo...

CAPITAN. Mi espada,
(Desarmándose de ella se la dá á TELLO.)
que os doy para defenderos,
prueba que entre caballeros
tratamos.

TELLO. (Aparte.) ¿Será emboscada?
(A PEREGIL que ha salido y se le acerca.)

PEREGIL. ¿Peor que estamos?...

CAPITAN. ¿Tendreis, pues,
valor para este suceso.

TELLO. ¿Yo?...

PEREGIL. ¿Para huir? ¡Bueno es eso,
pregunta si tiene piés!

TELLO. ¡Cuando acabais de decirme (Picado.)
quién soy, siento hayais dudado
valor en mi pecho osado!...

CAPITAN. Probádmelo con seguirme,
y del Rey la sinrazon
no se logre...

TELLO. ¡Ah, no lográra
si el ser Rey no le amparára!
(Ciñéndose la espada.)

CAPITAN. De bravo goza opinion.

TELLO. Pues con toda su fiereza,
me holgaría de encontrarle
do no pudiese ampararle
el respeto de la alteza.

CAPITAN. Ya yo sé que sois brioso,
y á vuestro brío inclinado,
los guardas he sobornado,
de libertaros ganoso.
¿Vamos ya?

TELLO. Vamos. (Pónese la capa ayudado por PEREGIL.)

PEREGIL. ¡Corred,
presto, señor!

TELLO. ¿Quién será (A PEREGIL.)
quien esta merced nos dá?

PEREGIL. Un fraile de la Merced.
(Se marchan los tres por la reja del centro.)

....

....

(Cámbiase la decoracion en otra, que representa un Parque frondoso, alumbrado en una pequeña parte y á intérvalos, por el resplandor de la luna.—Despues de una breve pausa, sale DON GUTIERRE.)[1]

ESCENA VIII.

DON GUTIERRE.

Aquí es el *Soto del Ciervo*,
(Mirando y cerciorándose del sitio.)
y atados á unas carrascas
dejé los caballos, que
traerle Don Pedro me manda,
á no sé que oculto fin.
¿Si al conde de Trastamara
atrae aquí cauteloso
para prenderle, y la trama

destruir, con que revuelta
trae Don Fadrique á Navarra?
¿Si algun confidente espera
que tristes nuevas le traiga,
del peligroso accidente
que en su prision, Doña Blanca
sufre hoy?... A espacio, lealtad.
Mi sospecha y mi mirada
debo alejar de mi Rey.
Bien sus severas palabras
me lo advirtieron... Bien dijo
ser verdad averigüada
«¡que aquel sirve al Rey mejor,
que hace mejor lo que *él* manda!»
Aléjome, pues, á ciegas,
que la luz se hará mañana.

(Dá algunos pasos para internarse en el último término del Parque, y se detiene á observar en él.)

ESCENA IX.

Dicho, y el REY embozado.

GUTIERRE. Diviso un hombre... ¿Quién vá?
REY. ¿Quién en mi senda se cruza?
GUTIERRE. Vuestro servidor Gutierre,
que con obediencia muda
aguarda, aquí, nuevas órdenes.
REY. Las que he de darte, procura
cumplir con igual recato.
GUTIERRE. Ya oirlas espero.
REY. Escucha:
Quiero, cercana á este sitio,
una fosa ancha y profunda
para un cadáver ó dos.
De este pliego la lectura
(Dándole uno cerrado y sellado.)
(que no has de hacer hasta el alba),

fácil te explicará en suma,
el mandato de tu Rey.
Lo que ahí te dice ejecuta
con misterio y lealtad,
y á mi hermano Enrique, busca
sin dilacion en Toledo.

GUTIERRE. ¿Mas?...

REY. Mi firma y sello, suplan
credencial á sus parciales,
y á Enrique muestra esa tuya,
si oyeses decir que he muerto.

GUTIERRE. ¿Qué decís?...

REY. Ni una pregunta:
Si fiel pretendes servirme,
á marchar ya te apresura,
que estórbasme aquí.

GUTIERRE. Voy.

(Gutierre hace una reverencia, y dá algunos pasos para marcharse.)

REY. ¡Ah! oye:
Si acaso en contienda ruda
oyeses que aquí dos hombres,
á cuchilladas disputan,
(no con voces ni quejidos
que esos no han de darlos nunca)
no intentes saber quién sean
ni á socorrerlos acudas,
que ellos sabrán por qué riñen,
y no hay que tú lo presumas.

(GUTIERRE hace otra reverencia, y se dispone á marchar, el REY le detiene.)

Oye: cuando el rumor cese,
y ya de sus iracundas
espadas, rojos fulgores
no iluminen la penumbra...
torna aquí, y al que halles vivo
de los dos, préstale ayuda
sin mirarle al rostro, y menos
te permitirás preguntas.

GUTIERRE. ¿Y al muerto?...

REY. Arrastra á la fosa.

GUTIERRE. ¿Cómo haré que eso se cumpla,
si es (que acaso) trae un cetro?

REY. Necia observacion la tuya...
¿Que le traiga ó no, qué importa,
si cabe en la sepultura?
¿Qué es un cetro? Frágil caña,
si un Rey cobarde le empuña,
ó si es que en el fango, apoya
cualquier de sus áureas puntas.

GUTIERRE. Entre un Rey y su vasallo
hay gran distincion...

REY. Ninguna
al morir; con la mortaja,
ambos son de igual altura,
y los voraces gusanos
que en los féretros pululan,
para comer de los muertos
no hay que distingan de alcurnias...
Mas partid ya... ¿Los corceles
dónde hallaré?...

GUTIERRE. En la espesura
atados á unas carrascas.

REY. Guia allí, no haya yo duda
cuando buscarlos precise.
(Aparte.) ¡Si hoy me asiste la fortuna!

(Se marcha por la izquierda, precedido de DON GUTIERRE.)

ESCENA X.

DON TELLO, el CAPITAN y PEREGIL.

CAPIT. Ya en este parque estamos más seguros.

TELLO. Alejémonos algo de los muros...
del alcázar, que el Rey...

CAPIT. ¿Teneisle miedo?

TELLO. ¿Otra vez más, dudais de mi denuedo?
Pluguiese á Dios. que aquí yo le encontrára,
y en coraje mi miedo se trocára...

¡Pero, ah! riñe el poder con muchas manos
y son bríos con él intentos vanos.

PEREG. Que venga, si se precia de valiente,
ese... cara de sátiro de fuente,
(Cómicamente figurando sacar la espada que él no lleva.)
con su roma nariz, barba bermeja,
y de un tajo... *¡Hissp!* le corto media oreja.
(Marcando un tajo: despues hace como que limpia y envaina la espada.)

TELLO. Antes de yo partir, saber deseo,
á quién debo favor como el que veo.

PEREG. Déjate de inquerir, y haz tu camino,

CAPIT. Este criado ir puede hasta el molino,
y traer una luz que allí previne:
Con esto me vereis.

PEREG. Quizá no atine...
(Rascándose la cabeza y como esquivando irse.)

CAPIT. Y ya con luz, buscadme dos caballos,
(A PEREGIL.)
que ahora no acierto donde pude atallos.

PEREG. ¿Y hácia dónde, señor, el viaje llevas,
que el Rey no nos alcance con sus levas?

CAPIT. A Portugal.

PEREG. ¿Y el vino está allí caro?

CAPIT. Sus Reyes os darán seguro amparo,
y aquí yo agora cartas y dineros. (A TELLO.)

TELLO. ¡Más que librarme, ansio conoceros!

CAPIT. De darme á conocer ya estoy ganoso...

PEREG. Yo de esos cuartos ver...
(Alargando la mano para recibirlos.)

CAPIT. ¡Id presuroso, (Con amenaza.)
primero que algun guarda nos sorprenda!

PEREG. Y al molino... ¿Se vá?... (Haciéndose el tonto.)

CAPIT. ¡Eh, tomad la senda,
bellaco, ó vive Dios!...
(Bruscamente y amenazándole.)

PEREG. ¡Ah, estése quedo!...

CAPIT. Vea si quiere que le quite el miedo.

PEREG. ¿Quitar?
(Aparte.) ¡Oh, es un ladron!

CAPIT. Corred aprisa...

PEREG. (Aparte.)
A mi vuelta hallo á mi amo sin camisa.
(Se marcha corriendo.)

ESCENA XI.

DON TELLO y el embozado.

CAPIT. Si ganar vuestros guardas he podido
en la torre, posible no me ha sido
comprar los vigilantes guardadores
de aqueste parque, que á merodeadores
estórbanles rapiñas de la caza...
Si alguno el paso agora os embaraza,
no le huyais imprudente...

TELLO. ¿Yo huir? (Ofendido.)

CAPIT. Costumbre es de esta gente,
y aun más por vanidad que por enojo,
clavar su bala donde fija el ojo.

TELLO. Pues si traen arcabuz, ¿qué hacer yo puedo?
¿Quereis acaso que me rinda el miedo?
¡Eso no haré jamás, si ciento vienen!

CAPIT. Establecido tienen
(para dar á un ladron franca salida)
que ha de pagarles multa, no crecida...

TELLO. Esa sí pagaré sin poner coto...
¿Más vos quién sois, en fin?
(Se asoma el REY por entre los árboles y vuelve á ocultarse.)

CAPIT. Callad, que noto
al pálido reflejo de la luna
la presencia de un hombre aquí importuna...

TELLO. Cerremos, pues, con él, y es lo más breve...

EMBOZ. Detenéos, señor, pues quizá lleve
arcabuz preparado...
Quedaos vos aquí, yo recatado
del Parque sabré hallar otra salida,
que me importa salvar hoy vuestra vida.

¿De aquí no os movereis?...

TELLO. Yo os aseguro,
que aquí me habeis de hallar, viviente muro!

(Se marcha el EMBOZADO,)

ESCENA XII.

DON TELLO.

¿Quién será este hombre? ¿Quién, que así ha podido
á mis guardias ganar? Si yo ofendido
le tengo en su linaje
con licencioso ultraje,
¿cómo aun me juzga noble y caballero,
y auxilia mi valor con este acero?
¡Cuando esto pienso, no hallo, por mi vida,
á este confuso dédalo salida!

ESCENA XIII.

DON TELLO y el REY que sale por lado opuesto al que se marchó el EMBOZADO.

REY. (Aparte.) Ya se fué el capitan, logré el deseo
de ver acrisolarse mi trofeo
del respeto y valer de mi persona!...

TELLO. Bien la costumbre de este sitio abona,
(Aparte viendo asomar al REY,)
rondarme el guarda que asustó á mi amigo!...

REY. (Aparte.)
Veamos si á reñir ahora le obligo.
¿Quién vá? (Alto desfigurando la voz.)

TELLO. ¡Pardiez! ¿Pues qué no lo barrunta?
Siendo de aquí un lebrel, ¿eso pregunta?

REY. ¿Quién vá digo? (Bruscamente.)

TELLO. Muy mala vista tiene, (Con fisga.)
que quien quieto se está, ni vá ni viene.

REY. ¿Qué busca en este parque?

TELLO. Leña verde. (Burlándose.)

REY. ¡La hallaste en mí!... (Con amenaza.)

TELLO. ¿Volveis lo que se pierde?

REY. ¡Os volveré á estocadas lo que ahora hablo,
si no se entrega ya!...

TELLO. ¡Válgame el diablo! (Mofándose.)
¿Cobrarme quereis multa? ¡No os dé pena:
aquesta bolsa de dineros llena,
pagada ya os la envia,
doble, tal vez, por la largueza mia!
(Tirásela.)

REY. La multa, ladronzuelo, no hace el todo,
que ataros debo un codo al otro codo,
y al alcaide llevaros.

TELLO. ¡Bravo cuento! (Con fanfarronería)
¿Cuántos vienen con él para ese intento?

REY. ¡En mí viene quien sobra!

TELLO. Muy pocas manos trae para esa obra.

REY. ¡Pues comiéncelo á ver! (Desenvaina.)

TELLO. ¡Lindo por cierto!
¿Tú conmigo reñir?... (Con desprecio.)

REY. ¡Dejaros muerto
con mi brio sabré!...
(Acercándosele: TELLO se aparta.)

TELLO. Tenga paciencia,
que yo le hartaré presto de pendencia.
(Desenvaina.)
¡Acérqueseme un poco!

REY. ¡Eh, riña y calle!
(Mandándole con enojo y tendiendo su espada.)

TELLO. No queria cansarme por matalle...
(Cruzan los aceros.)

. . . .

(Aparte.)
¡Pulso tiene por Dios! ¡y trae la espada
no mal alicionada!...

. . . .

REY. (Aparte.) ¡Bien repara y bien tira!
¡Tiene valor y ya es menor mi ira,

y aun le cobro aficion!...

. . . .

TELLO. (Aparte.) Que hombre haya habido
que *solo* me resista. ¡Estoy corrido!...
(Acelerando los golpes, que el REY le para con igual presteza.)

REY. ¡Buen golpe!
(Por el que le tira DON TELLO.)

TELLO. ¡Y bien parado! ¡Te defiendes
cual yo nunca creí!

REY. ¡Y tú pretendes
ya de mi furia resistirte en vano!...
(Tírale un golpe y desarma á TELLO, cuya espada cae á tierra.)

TELLO. ¡La espada me has sacado de la mano!

REY. ¡Tomadla!...

TELLO. ¿Cómo puedo,
si la fuerza ¡ay! perdí?
(Cayendo medio arrodillado á los piés del REY.)

REY. ¿Tiénesme miedo?

TELLO. ¡Miedo no, envidia sí, pues me has vencido!
(Irguiendo la cabeza, pero sin levantarse del suelo.)
Mover no puedo el brazo. ¡Hombre atrevido!
¿Quién eres, que no sabes cuánta gloria
te dá el haber logrado esta victoria?

REY. ¿No me conoces?

TELLO. No, sospecho un dolo...

REY. ¿De mi valor acompañado solo
confiesas que he vencido tu arrogancia?

TELLO. Negarlo fuera en mí nécia jactancia.

ESCENA XIV.

Dichos y PEREGIL con linterna, seguido de los molineros.

PEREG. ¿Si aquel ladron?,.. ¡Jesucristo!
¡Le robó y mató!... ¿Qué es esto?
(Viendo á TELLO y acercándose con la linterna.)

REY. El rico-hombre de Alcalá
á los piés del Rey Don Pedro!

PEREG. (Aparte.) ¡San Miguel está al revés!
TELLO. ¿Sois vos, señor? (Humillado.)
REY. Sí, don Tello,
(Dándole la mano para que se levante.)
ya, lo que tú deseabas
te he mostrado cuerpo á cuerpo.
Ya ha visto tu vanidad
y soberbia, que eres menos
que el clérigo y el cantor
que maté (acaso riñendo
con más aliento que tú).
¿Negarás ahora que puedo
hácer, *hombre* con la espada,
lo que *Rey* con el respeto?
TELLO. ¡Harto lo he visto!...
REY. Pues, ya,
que por mi valor te venzo,
y sabes que te vencí
en tu casa por modesto,
y por Rey en mi Palacio,
véte (pues libre te dejo)
de mi reino de Castilla.
No vuelvas jamás, soberbio,
pues si en él, Tello, te prenden,
has de morir sin remedio.
TELLO. ¿Pues si aquí me perdonais?...
REY. ¡Fuera del parque no puedo,
que aquí obra mi bizarría,
y en palacio mi respeto
á la ley!
TELLO. Ya á tu templanza
y majestad, señor, cedo,
que ¡ay! ellas solo pudieran
postrar mi arrogante pecho!
Mañana dejo á Castilla.
REY. No, que ha de ser al momento...
¿Capitan? ¡Ponedle en salvo! (Se presenta.)
Caballos lleva y dineros, (A TELLO.)
y valor, que ha de ayudaros,
si ocasion hubiese á riesgos.
EMB. Ninguno habrá que no afronte

por amпararle.

(Levantando del suelo la espada de DON TELLO y dándosela.)

TELLO. Mi yerro
(en lo que posible sea)
quiero enmendar, y á este efecto
mi esposa haré de Leonor,
si acompañarme al destierro
se conformase.

REY. Ella misma
decidirá en el suceso...
Pero marchaos, gente llega...

TELLO. Mil veces la planta os beso...

PEREG. ¿Qué, nos vamos á Lisboa,
(Recogiendo del suelo la bolsa que antes tiró DON TELLO.)
capitan?

EMB. ¡O á los infiernos!

PEREG. ¡Mejor, que es tierra caliente,
y se anuncia crudo invierno!

(Se van DON TELLO, el CAPITAN y PEREGIL.)

ESCENA ULTIMA.

El REY, DOÑA LEONOR, DOÑA MARÍA, DON RODRIGO, INÉS, DON GUTIERRE, guardias y acompañamiento con antorchas.

GUT. Señor, los guardias que fieles
custodiaban á don Tello,
su fuga me han avisado.
Libre por mandato vuestro,
don Rodrigo, hallarle quiere.
Estas damas lo entendieron,
y á que le busque se oponen...

REY. Hacen muy bien, porque un preso
es natural que desee
su libertad.

GUT. ¿Mas debemos
seguirle?

REY. ¡No, figuraos
que se la he dado yo mesmo!...

TODOS. ¡Ah! (Gozosos.)

REY. Entended que no fué el *Rey*
quien la dió, fué el *caballero*.

TODOS. ¿Señor?,..

REY. ¡No más de este asunto!
(Mandando cesar en la súplica.)

ROD. Yo, en alas de mi deseo,
vine á mostrar á tus plantas,
señor, mi agradecimiento.
(Tomando de la mano á MARIA y arrodillándose con ella. El REY los alza.)

MARÍA. ¡Yo la merced y el perdon
que á tus bondades debemos!...

LEONOR. Permitid que al *Rey* consulte,
(Arrodillándose.)
si desterrado don Tello
há lugar, ya, á que él repare
mi honra, ó si en un convento
sepultaré mi vergüenza.

REY. De Portugal en el reino
os espera don García,
para dejar á cubierto
vuestro honor, dándoos su mano.

LEONOR. ¡Ah!
(Gozosa: El REY la dá la mano para que se alze.)

REY. Partid, Leonor, que yo mesmo
os serviré de padrino.

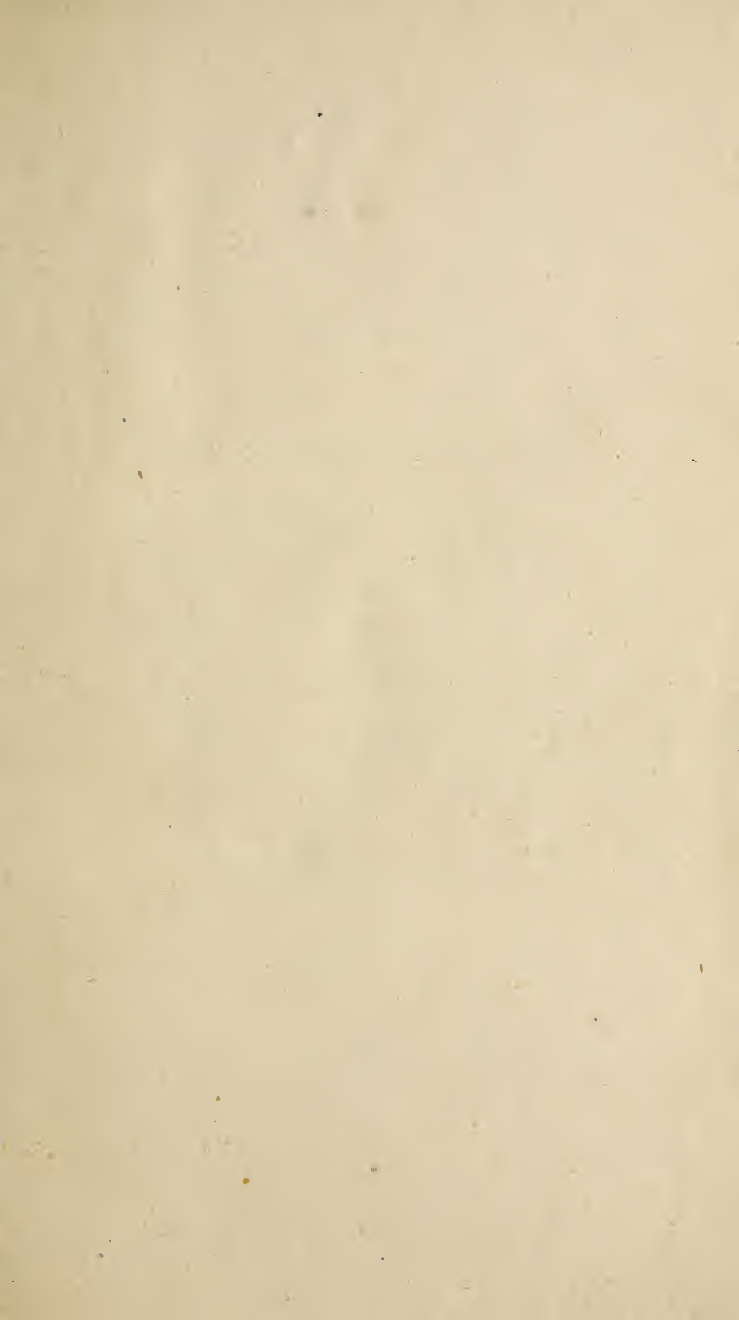
LEONOR. ¡Señor, en tí reverencio
la imágen de un Dios piadoso!

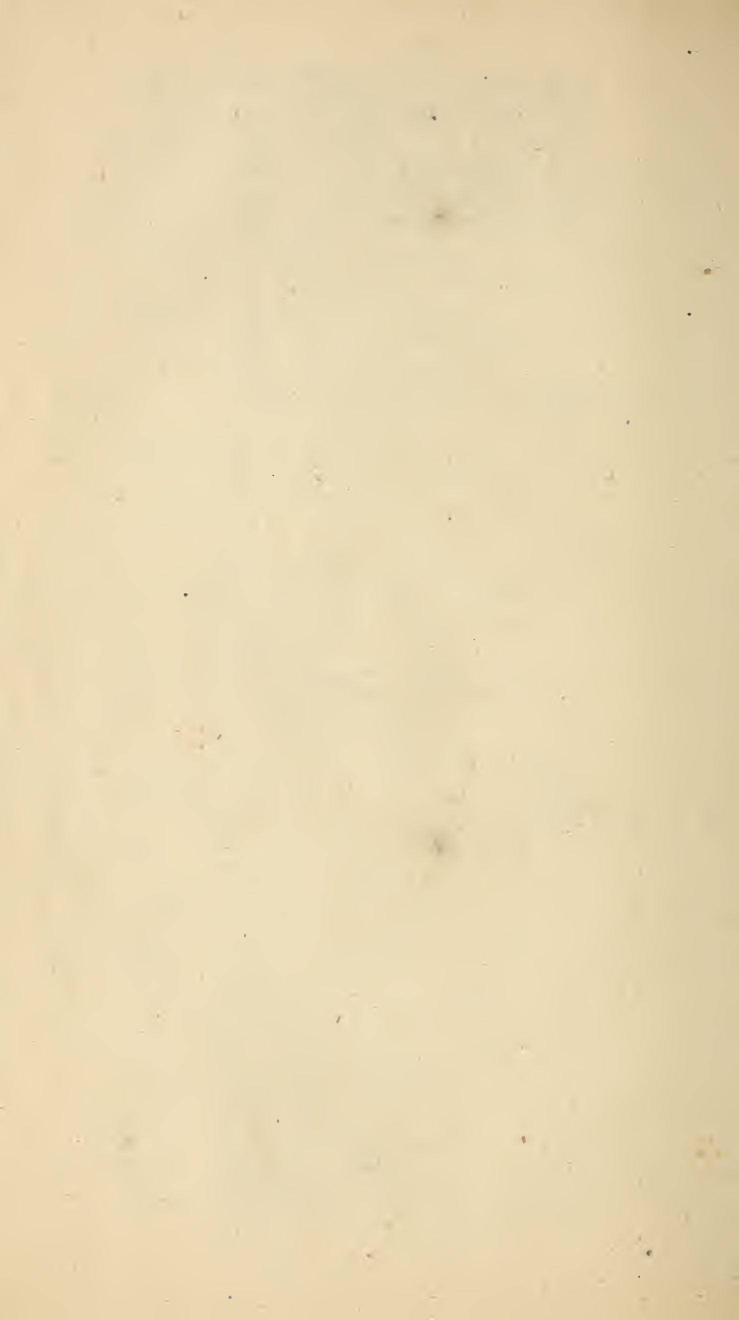
REY. ¡Alzáos: si así procedo
es porque un dia la historia,
pregone en distintos ecos,
que fué Don Pedro el *Cruel*,
Rey valiente y *justiciero*!

PEREG. (Al público.)
De esta comedia famosa,
marchitó los atractivos
la vejez, y á los archivos
fué á ocultarse silenciosa.

Hoy se dá á luz, pretenciosa
de lucir su hablar discreto,
su agudo y claro *conceto*...
y á que sus amigos fieles
reverdezcan los laureles
de su padre el *gran Moreto*.

FIN DE LA COMEDIA.





Obras del mismo autor, que han sido representadas en los principales teatros de Madrid, y que hoy se hallan de venta en las mismas librerías que lo está la presente:

Ahogarse á la orilla.
Amor y travesura.
A secreto agravio...
La Piel de culebra.
Luzbel predicador.
La Pastora del Roncal.
El Alcalde de Tronchon.
El Amor de una pollita.
Paco y Manuela.
Percances de un subarriendo.
Un Lio entre dos castaños.
¡Qué plaga!
Similia similibus, etc.
La Muerte civil.
Marta la Piadosa.
Rey valiente é justiciero.
La Vida es sueño.
¿Quién engaña á quién?
¡La Metémpssicosis!
Juanillo Carpanta.

PUNTOS DE VENTA.

EN PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores *Gullon é Hidalgo*, y en las principales librerías.

EN MADRID. En las librerías de la *Viuda é Hijos de Guestu*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de la *Viuda é Hijos de Poupart*, calle de la Paz.